

EL GENERAL MANUEL FERNÁNDEZ SILVESTRE: ANÁLISIS DE UNA CARRERA MILITAR COMO MEDIO PARA DESMONTAR MITOS INTERESADOS

César LABARTA RODRÍGUEZ-MARIBONA¹

RESUMEN

En los cien años transcurridos desde los sucesos que llevaron al derribamiento de la Comandancia General de Melilla en el verano de 1921 ha habido, tanto por parte de sus contemporáneos como de los investigadores posteriores, una gran mayoría de voces que cargaban todo el peso de la culpa en la figura del general Manuel Fernández Silvestre. Evidentemente, la lógica depuración de responsabilidades derivada del expediente Picasso y el consejo de guerra celebrado en 1924 apunta a Silvestre como máximo responsable de las tropas que era, pero diluye su responsabilidad en una concatenación de situaciones desafortunadas que llevaron a una toma de decisiones errónea y, por tanto, no se le considera el único culpable del fracaso.

Aun así, lo que quedó en la opinión pública a lo largo de los años fue la imagen de un general víctima de su propia ambición y que, actuando de manera irreflexiva, llevó al desastre a sus tropas. Algo a lo que ayudaron so-

¹ Licenciado en Historia del Arte por la Universidad del País Vasco y Especialista en Historia Militar por la Universidad Complutense de Madrid. cesarlabarta@gmail.com

bremanera los testimonios de los protagonistas supervivientes y de aquellos que dieron fe de los hechos.

Denostar la figura de Silvestre sirvió para dirimir responsabilidades, salvar carreras y fabricar respuestas a un fracaso sin precedentes que estaba haciendo tambalearse el orden establecido. Pero también dio pie, en años posteriores, a una corriente general de estudios que se ha ido construyendo a fuerza de repetir tópicos, ahondar en mitos y fabricar leyendas sin base histórica alguna, y que dio lugar a una imagen falsa y plagada de contradicciones que, lejos de despejar las incógnitas sobre los sucesos acaecidos en el verano de 1921, desviaban la atención focalizándola en el mero error humano, producto de una conducta cegada por la ambición de gloria.

Solo en los últimos años empezamos a encontrar una historiografía que, basándose en un análisis riguroso de las fuente primarias, presenta las claves para vindicar a un militar altamente profesional y con una brillante carrera, digno de un estudio desapasionado que se aleje del estigma que supone el único error de la misma.

PALABRAS CLAVE: Manuel Fernández Silvestre; Annual; Campaña de Melilla de 1921; Comandancia General de Melilla; Comandancia General de Larache.

ABSTRACT

For almost a century General Manuel Fernández Silvestre has borne primarily the blame for the Disaster of Annual, the Spanish major military defeat during the Rif War in the summer of 1921. The report of the Spanish investigative commission led by General Picasso in 1924 detailed numerous military mistakes, but diluted the responsibility of the Spanish Commander in a concatenation of unfortunate situations that led to erroneous tactical decisions.

However, although Silvestre was far from being the sole culprit of the crushing Spanish defeat, his prevailing image in public memory has remained that of an officer who, victim of his own ambition, thoughtlessly led his troops to disaster.

In fact, Silvestre served at the time as a useful scapegoat for a number of actors seeking to frame an unprecedented failure that was shaking the established order in Spain. Only in recent years, thanks to a rigorous analysis of the primary sources, a more nuanced picture has emerged of this highly

professional military man, whose brilliant career deserves a dispassionate study which goes beyond the tragic mistake at its end.

KEY WORDS: General Manuel Fernández Silvestre; Battle of Annual; Rif War; Spanish Protectorate in Morocco.

* * * * *

Los primeros años

Sin duda alguna, la personalidad que caracterizará a Manuel Fernández Silvestre a lo largo de su carrera está marcada, en una de sus muchas facetas, por un lado, por su procedencia de familia modesta y alejada de las sagas de raigambre militar y, por el otro, por la figura de su padre, Víctor Fernández Villar.

Víctor nació en 1841 en la localidad de Ollonedo, a orillas del Nalón y cercana a Oviedo, sentó plaza como recluta con veinte años en un regimiento de Caballería, iniciando así una carrera militar en la que alcanzará el grado de teniente coronel gracias a su valor en diversas acciones de combate, tanto en Santo Domingo, donde obtiene una cruz militar, como en Cuba, en donde tan solo en el plazo de un año asciende desde sargento primero a la escala de oficiales. Pasará veinte años de su vida en ultramar, durante los cuales conocerá a su mujer, Eleuteria Silvestre, y nacerá su hijo, Manuel, un 16 de diciembre de 1871. Su vuelta a la península será en 1882, ya como comandante, se establecerá con la familia en Alcalá de Henares y se retirará cinco años después ya con el grado de teniente coronel².

Evidentemente, la vida de su padre marcará la vocación de Silvestre, que ingresó en la Academia General Militar de Toledo en 1889, a los 17 años de edad, tras graduarse como bachiller y preparar durante dos años en una academia el examen de ingreso, el cual superó con una nota elevada.

Su paso por la Academia ya muestra fuertes contrastes con la visión que presentan muchos de sus detractores de un militar poco competente en los aspectos más académicos de la milicia. Evidentemente, su corpulenta

² Aunque algunas biografías de Silvestre presentan a Víctor Fernández como oficial de Artillería, los datos que aporta Serrano Vélez sobre sus destinos demuestran que desarrolló su carrera en diversos regimientos del Arma de Caballería. SERRANO VÉLEZ, Manuel: *Silvestre o el sueño de un imperio*, Almuzara, Córdoba, 2018. pp. 14-15.

constitución y su altura, superior a la media de la época, hacían que destacase en las asignaturas de carácter físico como la esgrima y la equitación. Pero en el resto de las disciplinas de estudio su nota media no baja del 8,5 y llega a obtener calificaciones de 9 en Táctica, Ordenanzas militares y Literatura³, algo que sorprende ante un militar tachado, incluso por alguno de sus amigos, como «guerrero poco intelectual»⁴.

La elección, al terminar los dos años de Academia, de ir a la Escuela de Aplicación de Caballería de Valladolid no sorprende, al ser esta el Arma en la que su padre desarrolló su carrera. Al igual que en Toledo, su expediente académico destaca por sus buenas calificaciones. En 1893, se gradúa con el número 28 de una promoción de 77 y el empleo de segundo teniente⁵.

Sus dos primeros años como oficial los pasará en el Regimiento de Cazadores de María Cristina nº 27, guarnicionado en Madrid, hasta que es destinado al Escuadrón Expedicionario de Cuba, formado con elementos del Regimiento de Cazadores de Tetuán nº 17, y después de haberse presentado voluntario para ir a combatir a ultramar. El 19 de junio de 1895 desembarcará en la isla que lo vio nacer y donde comenzará a cimentarse su leyenda.

El héroe de Cuba

Como era habitual en los últimos años de la presencia española en Cuba, el bautismo de fuego del teniente Fernández Silvestre tiene lugar al poco de desembarcar, a finales de julio, en el combate de Maraguaya. A partir de ahí y durante los dos años que permanecerá en la isla, las acciones de combate registradas en su hoja de servicios superarán la treintena⁶ y conseguirá llamar la atención de sus jefes por su disposición a situarse en vanguardia y su rápida adaptación no solo al terreno sino, también, al tipo de guerra que se estaba librando⁷.

Ascendido a primer teniente al poco de su primer combate, Silvestre se va fogueando en una guerra irregular donde priman los servicios de conducción de convoyes de aprovisionamiento, siempre protegidos ante los

³ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): Análisis de factores que confluyen en un desastre militar, "Annual"*, Tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 2013, pág. 324.

⁴ ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2014, pág. 159.

⁵ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 324.

⁶ ARCHIVO GENERAL MILITAR DE SEGOVIA, «Hoja de servicio de Manuel Fernández Silvestre», Exp. 1 Carpeta 1.

⁷ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pág. 20.

continuos ataques, junto con acciones de campaña a la búsqueda de insurrectos. Al tiempo que va demostrando su valía ante el fuego, deja patente su fuerte y carismática personalidad, que también es característica de su figura y que ya empezó a dar trazas en la Academia. El adjetivo con el que más lo definen sus compañeros de armas es *bravo*, alabando su franqueza y extroversión, así como su ingenio y carácter resolutivo⁸.

El destino le lleva, al año siguiente, a seguir otro de los pasos de su padre, ya que su nueva unidad, el Regimiento de Caballería Expedicionario del Príncipe nº 3, se encuentra bajo órdenes directas del recién nombrado capitán general Valeriano Weyler. La campaña que este inicia en la provincia de La Habana para acabar con la resistencia de los insurrectos, de frenética actividad debido a la premura de acabarla antes de la época de lluvias, sirve a Silvestre para familiarizarse con un elemento doctrinal que será luego fundamental en su carrera africana: las columnas móviles interarmas, llamadas en este período «cubanas» y cuyo diseño se debe a Weyler, específicamente, para combatir en las guerras irregulares.

Por su hoja de servicios del año 1896, podríamos decir que Manuel Fernández Silvestre encarna en este tiempo al arquetipo del oficial de Caballería. Los innumerables combates en los que participa están caracterizados por intensas cargas como la protagonizada el 8 de mayo por su regimiento en Arango, donde quedan anotados en su expediente los 28 muertos que causa con arma blanca, el diverso material que captura al enemigo y la felicitación recibida del general en jefe. Combates, además, que se suceden sin solución de continuidad, puesto que el regimiento debe combatir también los días 9, 10 y 11 en varias localizaciones. Evidentemente, la valentía demostrada por Silvestre en campaña no quedará sin reconocimiento, porque recibirá la Cruz de Primera Clase del Mérito Militar con distintivo rojo por su distinguida actuación en el combate del Jordán contra la partida del jefe insurrecto Delgado. No será esta la única recompensa obtenida durante su período de servicio en Cuba, ya que obtiene la Cruz de María Cristina tras distinguirse en el combate de Sabana del Maíz, donde su escuadrón estaba efectuando labores de escolta al general Weyler, y en el que, además, está a punto de morir al ser herido por un disparo en la frente que, afortunadamente, solo le roza. La tercera condecoración que ganará en esta campaña será la Cruz Roja de Primera Clase del Mérito Militar por su comportamiento en la acción de La Rosa.

El valor y buen hacer del teniente Manuel Fernández Silvestre no pasan desapercibidos para el general Weyler, quien no solo le otorga dos de las condecoraciones obtenidas, sino que también lo promueve al empleo de capitán

⁸ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 324.

por sus méritos en acción durante los meses de verano de 1897 en la provincia de Matanzas, período en el que, además, alternó el servicio en campaña con dos fuertes brotes de paludismo que le hicieron estar hospitalizado.

Su brillante actuación en sus dos años de servicio en ultramar, con episodios llenos de determinación y arrojo, finalizará a principios del año 1898 tras la acción del Potrero de la Caridad, la cual no solo pudo haberle costado la vida a causa de las múltiples heridas recibidas, sino que sienta las bases de la imagen de Manuel Fernández Silvestre como guerrero imbatible.

Aunque muchos autores han creado confusión sobre este combate, mezclando varios en uno o exagerando lo ocurrido, la hoja de servicios de Silvestre anota que «[...] cargando este Capitán al enemigo con el Escuadrón de vanguardia, recibiendo dos heridas de bala, volviendo a cargar de nuevo, recibiendo tres heridas más de bala, once de arma blanca y muerte al caballo que montaba, siendo trasladado en gravísimo estado el mismo día al hospital Militar de Morón». No se sabe muy bien el motivo de que, por si el hecho no fuese ya en sí mismo excepcional, en algunas biografías aparezca duplicado, confundido con la acción de Arango o, incluso, adornado con detalles no probados, como que las heridas de arma blanca le fueron infligidas tras ser capturado por los mambises. En cualquier caso, esto ha servido a sus detractores para lanzar sospechas sobre su actuación en Cuba y, de paso, abonar las tesis de que su hoja de servicios es de dudosa verosimilitud.

Sea como fuere, las secuelas que le dejaron las heridas de la Caridad fueron siempre evidentes en su aspecto, con varias cicatrices en el rostro y, sobre todo, con una incapacidad parcial en la mano izquierda. Heridas, además, que, sumadas a la de la frente en Sabana de Maíz, servían para darle una imagen de hombre con muy buena fortuna.

El retorno a España

La convalecencia de las heridas recibidas en la Caridad supone el final de su etapa en Cuba. La invasión norteamericana le sorprende prestando servicio de representación en Marianao, donde ha sido destinado al salir del hospital y tras una breve licencia de dos meses, pero no llega a combatir en el conflicto. A pocos días de firmarse el armisticio, se le concede una nueva licencia de cuatro meses en la península, para reponerse de las secuelas que le dejó la acción del Potrero, y el 16 de agosto, Manuel Fernández Silvestre abandona para siempre su tierra natal.

Ya en España regresa a Alcalá de Henares y se le da de alta, a primeros de septiembre, en el Regimiento de Caballería de Reserva de Madrid nº

39, en el que prestará servicio hasta que termine su convalecencia en abril de 1899. También en esa fecha recibirá la recompensa a su valor en el Potrero de la Caridad, ya que será ascendido a comandante, empleo que obtiene a los cinco años de salir de la Academia y que, junto con sus tres importantes condecoraciones, dan idea de una prometedora carrera en el Ejército.

Una vez repuesto del todo y al igual que otros muchos oficiales retornados a la península tras las pérdidas de los territorios de ultramar, comienza, en su nuevo empleo de comandante, una típica etapa de oficial de guarnición, que incluye cambios de destino combinados con períodos de reemplazo. Finalizado ya su servicio en el Regimiento de Reserva, pasa a formar parte de la nómina de comisiones activas y de reemplazo de la Primera Región, donde permanecerá hasta marzo de 1900, momento en el que es destinado al Regimiento de Lanceros del Rey nº 1, acuartelado en Zaragoza.

Antes de incorporarse a su nuevo destino, Silvestre conocerá a la que será su esposa y madre de sus dos hijos, Elvira Duarte Oteyza, con la que se casará en Alcalá de Henares en diciembre de 1899.

El período pasado en la península, efectuando labores de guarnición típicas de tiempos de paz, nos da una buena muestra de que Manuel Fernández Silvestre fue mucho más que un militar que solo destacaba cuando entraba en combate y gracias a su valor y temeridad. Durante su servicio en el Regimiento de Lanceros fue designado para el cargo de comandante mayor, puesto que también desempeñó posteriormente tanto en sus destinos en el Regimiento de Reserva de Guadalajara nº 11, al que se incorporó en mayo de 1902, como en el de Lanceros de la Reina nº 2, en el que presta servicio desde enero de 1903. El hecho de ostentar este cargo en sus destinos, así como otros de responsabilidad diversa y no necesariamente vinculados a su empleo, da a entender que el comandante Silvestre cumplía de manera notable con sus responsabilidades, a pesar de que estas estuviesen, presumiblemente, alejadas del espíritu de un «hombre de espuelas», como lo definiría el periodista Manuel Sánchez del Arco⁹.

Su competencia profesional en estos tres años nos da también otro importante matiz a tener en cuenta a la hora de analizar la figura de Silvestre: el prurito de querer desarrollar una carrera profesional que le lleve hasta donde puedan sus méritos y capacidades y, podría decirse, con la simple ambición de superarse a sí mismo.

Otro detalle que no se nos debe pasar por alto es el mencionado por Serrano Vélez sobre su escasa integración en las vidas sociales de Zaragoza

⁹ Citado por ALBI DE LA CUESTA, Julio: *op. cit.* pág. 158.

y Guadalajara¹⁰, al contrario de lo que ocurre con Alcalá de Henares, localidad a la que se traslada siempre que puede en los períodos de permiso en sus diferentes destinos y en la que se establecerá definitivamente con su familia cuando sirva en los Lanceros de la Reina. Esta falta de interés por cultivar la vida social casa poco con esa visión que se nos da muy a menudo de un Manuel Fernández Silvestre solo movido por la ambición de llegar a lo más alto, algo bastante difícil si no le acompaña el ascenso social.

Por todo ello, no sorprende que a finales de 1903 vuelva la vista hacia las oportunidades profesionales que ofrecía en esos momentos la presencia española en el norte de África. Una vez aceptada su solicitud de destino, en marzo de 1904 sienta plaza como primer jefe del Escuadrón de Cazadores de Melilla.

El inicio de la aventura africana

Independientemente de las oportunidades que suponían las campañas africanas para el prestigio del Ejército y las carreras de sus militares, no se debe dejar de lado el factor, tan desdeñado, del sentimiento patriótico que movía a todos aquellos calificados de «africanistas»¹¹.

No se puede negar que, evidentemente, la presencia española en África respondía a intereses expansionistas y económicos, tan característicos del colonialismo de finales del XIX y principios del XX. Pero, también, a un sentimiento de recuperación del prestigio nacional y de devolución a España de un papel relevante en el orden mundial. Respecto a este punto, se deben tener muy presentes las palabras que Alfonso XIII, el gran denostado por el coste humano que supusieron más de veinte años de conflicto, dejó escritas en su diario el 1 de enero de 1902, poco antes de ejercer la jefatura del Estado. «Espero al mismo tiempo regenerar la Patria y hacerla, si no poderosa, al menos buscada, o sea, que la busquen como aliada. Si Dios quiere para bien de España»¹². No debe extrañar, por tanto, que tantos militares se sumasen con entusiasmo al servicio en las comandancias militares de Marruecos, donde podrían hacer un buen servicio a la Patria, que, al mismo tiempo, se vería compensado en sus hojas de servicio. Aunque bien es cierto que, con la llegada de las Juntas de Defensa y el excesivo alargamiento del conflicto, este entusiasmo decayó notablemente.

¹⁰ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pág. 28.

¹¹ Gracias, entre otros, al trabajo de Daniel Macías Fernández, este término está dejando atrás su carácter peyorativo en beneficio de uno historiográfico.

¹² Diario de Alfonso 13, 1 de enero de 1902.

Al igual que ya ocurriese en Cuba, la profesionalidad innata de Manuel Fernández Silvestre enseguida queda patente en Melilla, donde se adapta rápidamente al terreno, sus gentes y su cultura, hasta el punto de enfrascarse en el estudio de la lengua árabe, a la que se hace con facilidad y excelentes resultados académicos, que incluyeron un premio en metálico al obtener la máxima puntuación de los 14 alumnos matriculados.

También hubo de adaptarse a la situación de incertidumbre que justo imperaba a su llegada a la comandancia general de Melilla, que pierde dos generales al mando en el primer año y un tercero, en el segundo, todos ellos por fallecimiento. El cuarto comandante general de Melilla que conocerá Silvestre será una figura que tendrá una importante relación en su carrera: José Marina Vega.

Aunque se elimina su cargo de primer jefe del escuadrón, debido a una reorganización de las tropas en Melilla, al año de llegar es designado, también aquí, comandante mayor. Cargo este que le sirvió para integrarse en la vida social de Melilla, donde impulsó acontecimientos hípicos como las carreras de caballos.

Así mismo, no descuidaría su formación militar. En su hoja de servicios queda constancia de la realización en la península de un curso de instrucción de la Sección Primera de la Escuela Central de Tiro en septiembre de 1907. Un año, por otra parte, triste para él, debido a que en enero perderá a su esposa, Elvira, de muerte súbita y quedará a cargo de sus dos hijos, de muy corta edad, Manuel y Elvira. Esta última no sobrevivirá mucho más a su madre, ya que fallece poco tiempo después¹³.

En un intento de dotar al mito de mayor épica ante su trágico destino final, durante años se ha alimentado la leyenda de que Abdelkrim fue su profesor de árabe, lo que habría hecho que se estableciera una relación personal entre ambos personajes, que tendría su desenlace en julio de 1921 en Annual.

Nada más lejos de la realidad. Como bien señala, entre otros, Caballero Echevarría, Abdelkrim era, al poco de llegar a Melilla en 1907, profesor de árabe en la escuela pública, por lo que se limitaba a dar clases a los niños musulmanes, mientras que Silvestre estaba, al igual que otros militares, matriculado en la Academia de Árabe. En esta academia, de gran prestigio, no obtendría cátedra Abdelkrim hasta 1915 y para impartir clases del dialecto xelja, el cual nunca estudió Silvestre. Por encima, los ambientes en los que ambos se movían eran muy diferentes, con lo cual era altamente improbable

¹³ Existen discrepancias en las diversas biografías sobre la figura de Elvira Fernández Duarte y el hecho de si murió antes o después que su madre. En alguna de ella llega, incluso, a desaparecer y consta Manuel como único hijo. En cualquier caso, y según Serrano Vélez, Elvira reposa junto a su madre en la tumba que tiene en Alcalá de Henares.

que llegasen a encontrarse en los seis meses que coincidieron ambos en Melilla y, mucho menos, establecer amistad. Circunstancia que, como veremos, se volvería a repetir años después, pese al empeño de algunos fabuladores¹⁴.

Los cuatro años de su primer período en Melilla no los pasa solamente en labores de guarnición, formación y asistencia a maniobras, así como de escolta a Alfonso XIII en su primera visita a Melilla en mayo de 1904; aquí también aprende el importante valor de los gestos militares y las acciones tácticas sobre la mentalidad de los rifeños.

Los llamados «paseos militares» que el general Marina hace en marzo de 1908 para pasar revista a las tropas desembarcadas en la Restinga y para ocupar el Cabo del Agua, con Silvestre al mando de su escuadrón en vanguardia y cubriendo los flancos y retaguardia, causan una honda impresión en los cabileños del Roghi y consigue que estos respeten los trabajos de las minas y el ferrocarril que las suministra. En ambas acciones no se efectúa un solo disparo, pero la velocidad que se imprime a las fuerzas españolas que recorren una distancia de ida y vuelta en el día de casi 65 kilómetros no solo sorprende a los locales por lo inesperado, sino, también, a la prensa, que empieza a fijarse en la figura de Manuel Fernández Silvestre, siendo *La Correspondencia de España* una de las más entusiastas.

Pero no serán los únicos. A los pocos meses de estas acciones, el comandante Manuel Fernández Silvestre, de 37 años de edad, será nombrado el 27 de agosto jefe instructor de la Policía Xerifiana en Casablanca. Previamente a este nombramiento, el 18 de agosto, se le encomienda el mando de las tropas españolas de dicha ciudad.

Algunos autores ya quieren ver en esta designación, auténtico espaldarazo para la carrera de Silvestre, la influencia del monarca sobre el gobierno, para que tuviese en cuenta el nombre de Silvestre sobre el resto de los candidatos, máxime si antes de su designación esta debía ser aprobada por el Majzén. Algo muy poco probable, ya que la relación conocida con Alfonso XIII se reducía a comandar su escolta durante su visita a la plaza de Melilla. Qué duda cabe de que su hoja de servicios, en la que se combinaban actos de gran valor con unas excelentes cualificaciones, le hacían destacar sobre la terna de posibles candidatos e, incluso, hubiese llamado la atención en la Corte. Pero lo más probable, tal como apunta Serrano Vélez, es que hubiesen sido determinantes para su designación los informes favorables que, sin duda, aportaron superiores suyos como Weyler y Marina y a los que la fuerte y abierta personalidad de Silvestre y su predisposición a asumir puestos de

¹⁴ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 325.

responsabilidad seguro que impactaron. Al menos en ese momento¹⁵. En cualquier caso y vistos los diversos méritos de los antecesores en el cargo, algunos incluso sin experiencia previa en África¹⁶, es imposible deducir las posibilidades reales de Silvestre frente al resto de candidatos y viceversa.

De todos modos, lo que es indiscutible es el inicio de su popularidad gracias a este nombramiento y la campaña de elogios a su figura que comienza el diario *La Correspondencia de España*, en la cual se llega a describirlo como «Su ilustración corre pareja con su modestia, y hay que contar con que esta es grandísima. Domina el árabe, el francés y está al tanto de los modernos desarrollos de la guerra»¹⁷. Así mismo, el diario se hace eco tanto de la despedida de Silvestre en Melilla como del recibimiento en Casablanca el 1 de septiembre, ambos, según este medio, multitudinarios y de gran cariño.

A las labores encomendadas, que hicieron que quedase en situación de supernumerario sin sueldo en el Ejército español, aunque estaba adscrito a la Segunda Región Militar de Sevilla, se le sumaron la formación e instrucción de un nuevo tabor, el nº 4, de Policía Extraurbana de Casablanca¹⁸. Así mismo, y a causa de los acuerdos de la conferencia de Algeciras en 1906, los cargos que ostentaba obligaban a un estrecho trato con las tropas francesas con las que compartía España jefatura de las fuerzas de Policía en Tánger y Casablanca. Una actividad esta última que desarrolló de manera notable, como atestigua la Legión de Honor con la que lo recompensaron los franceses, y a pesar de que Silvestre no deja de denunciar los intentos de Francia de menoscabar la influencia española sobre el sultán, hasta el punto de quitarles hombres en la recluta.

La importancia que dará Silvestre, recién ascendido a teniente coronel por antigüedad, a la instrucción de sus tropas comienza a verse en el tabor nº 4, que tiene completamente formado con 231 hombres, repartidos entre Infantería, Caballería y Artillería, estos últimos esperando material para completar la instrucción, al año de haber empezado su recluta. Esta labor hará incluso que la efectividad de la presencia española en Marruecos sea mejor valorada por los miembros franceses de la Policía Xerifiana.

¹⁵ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pág. 38.

¹⁶ Tal era el caso del teniente coronel Luis Fernández Bernal, anterior jefe de las tropas españolas en Casablanca hasta la llegada de Silvestre, y cuya falta de experiencia en el teatro africano no impidió que desarrollase su labor de manera notable, sobre todo, en la labor diplomática que suponía el trato con el mando francés (SERRANO VÉLEZ pág. 40).

¹⁷ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pág.42.

¹⁸ Un tabor es la denominación que recibía la unidad de tipo batallón de tropas indígenas pertenecientes al Ejército español y que estaba compuesto por varias mías, equivalentes a compañías.

El mando de las tropas españolas en Casablanca conllevaba informar y mantener reuniones tanto con el ministro de Estado como con el de Guerra, lo que obligaba a Silvestre a desplazarse a Madrid con asiduidad para trazar con el gobierno las líneas a seguir en Marruecos. La coincidencia de los planteamientos de Silvestre con la política del gobierno de Canalejas hace que aumente su popularidad e influencia en los círculos de poder, de manera que llega a ser nombrado en julio de 1910 gentilhombre de cámara del rey. Recompensa esta que resulta ser todo un honor para un hombre procedente de familia modesta y alejado de las grandes sagas militares. Aunque, como bien señala Pando Despierto, este nombramiento no supone más que una relación meramente formal con el monarca, hace que este comience a fijarse en Silvestre y a tener en cuenta, como otros del gobierno, su opinión¹⁹.

De estos despachos con los ministros surgen las dos expediciones que realiza en los años 1910 y 11 y en las que recorre el territorio, en distancias de 800 kilómetros una y casi 1.000 hasta Marrakech la otra. Bajo las excusas de inspeccionar los tabores españoles y comprar caballos para los mismos, Silvestre redacta dos memorias en las que desglosa lo que debe ser la acción española en Marruecos. Esta va desde la formación de un ejército colonial con voluntarios españoles y tropas indígenas, al estilo francés, hasta aumentar la zona de influencia española para así poder aprovechar los ricos recursos que contienen las zonas exploradas.

A medida que las actuaciones de Silvestre van ganando el favor del gobierno, también empiezan a surgir sus detractores. En este aspecto resulta curiosa la figura del capitán Enrique Ovílo, con quien estableció una relación de íntima amistad al poco de llegar a Casablanca y que, según Serrano Vélez, no acaba en los mejores términos, cuando este ya es jefe instructor de la Policía de Larache y acusa a Silvestre de falta de interés en la instrucción de dicha Policía, algo que se demuestra falso, al tiempo que lo tacha de ser una persona de actos impulsivos y poco meditados. Esto choca con otro aspecto de Silvestre que menciona Ovílo y que es el respeto y admiración ganados a los franceses gracias a sus gestos de acercamiento y a pesar de las continuas tensiones que se formaban en la actuación de ambos contingentes, lo cual nos podría hacer suponer que esas actitudes negativas de Silvestre, posteriormente esgrimidas por varios de sus críticos, eran más medidas y estudiadas de lo que podía parecer.

Cabe por último destacar, en este período de la vida de Manuel Fernández Silvestre, el hecho de que no estuviese presente, por las obvias ra-

¹⁹ PANDO DESPIERTO, Juan: *Historia secreta de Annual*, Temas de Hoy, Madrid, 1999, pág. 54.

zonas de estar destinado en Casablanca, en la campaña de Melilla de 1909. Campaña esta que tuvo tantos momentos trágicos como heroicos y en la que se llegaron a conceder casi treinta cruces de San Fernando.

Atendiendo a sus detractores, que lo presentan como un militar ansioso de gloria y de combates con los que poder escalar hacia el generalato, cabría pensar que Silvestre no estuvo cómodo en su destino lejos de combate y lamentó perderse las oportunidades que la campaña ofrecía en un territorio del que hacía muy poco que había marchado. Vistos los resultados de su labor como instructor, que cumplió con eficacia a pesar de las duras palabras del capitán Ovílo, nos podemos hacer a la idea de que Silvestre era más un militar con absoluta predisposición a cumplir con su deber allá donde estuviese que un oportunista que despreciase todas aquellas labores militares que no tuviesen relación con entrar en combate.

Comienza a forjarse el mito

En junio de 1911 llega un nuevo nombramiento para el teniente coronel Silvestre: el de jefe de las tropas expedicionarias en Larache, recién desembarcadas. Este cargo, que se sumaba a los que ya ostentaba, tenía como principal misión asentar la presencia española y su influencia en Larache y Alcazarquivir, para lo cual debía impartir justicia, mantener comunicadas las plazas entre sí y Arcila y, de nuevo, entrenar a las tropas para estar preparadas ante cualquier situación que pudiese producirse. Todo ello con vistas a que la población del territorio se acostumbrase al establecimiento de España y sus intereses en la zona.

Este nombramiento vuelve a traernos la polémica de la posible intervención directa de Alfonso XIII en la promoción de Silvestre, tal como afirma Pando Despierto²⁰, que apunta a su imposición por encima de los deseos de Canalejas. El presidente del gobierno, al parecer, consideraba a Silvestre excesivamente guerrero y atrevido y hasta palaciego. Extraña apreciación, por otra parte, sobre un militar que no ha provocado ningún incidente durante su mando de la Policía Xerifiana y que ha sabido mantener las relaciones con sus homólogos franceses en un terreno de firmeza y cordialidad. En cuanto a su carácter palaciego, ya se ha apuntado que lo más probable es que la relación con el monarca no fuese tan trascendente como se quiere hacer ver.

No cabe duda de que las intenciones, tanto del gobierno como de Alfonso XIII, eran de aprovechar la defensa de los españoles en el territorio

²⁰ *Ibidem*, pág. 54.

para expansionar el mismo, método que serviría para mejorar dicha defensa, como demostró la toma de Alcazarquivir por el capitán Ovilo. Pero la importancia de ganarle a Francia esta «carrera» por la influencia en la zona sin provocar un conflicto bélico hacía obvio que era necesario poner al mando a alguien con habilidades diplomáticas suficientes para atemperar los ánimos de los franceses y del bajá de Arcila, el Raisuni. Hasta la fecha, el teniente coronel Fernández Silvestre había dado buena prueba de esa capacidad negociadora en Casablanca y de conocer bien tanto la situación en Marruecos y el modo de intervenir en ella, siguiendo la doctrina francesa, como el carácter de sus habitantes, como demostraban las memorias redactadas y sus despachos con los ministros de Estado y Guerra.

Una doctrina esta que Silvestre asimiló perfectamente durante su contacto con sus homólogos franceses y de la que comparte varios aspectos de la misma, desdeñando los más controvertidos como las sangrientas represalias y mostrándose firme defensor del concepto de «mostrar la fuerza para evitar su empleo²¹».

No es de extrañar, por tanto, que su nombre fuera puesto sobre la mesa como el más apropiado para ello tras la operación, promovida por el cónsul español en Larache, Zugasti, y el capitán Ovilo, que tuvo como consecuencia el desembarco en la ciudad y la toma de Alcazarquivir²². Independientemente de quien propusiese a Silvestre para el cargo, parece claro que esta designación no fue fruto del capricho o favoritismo, sino de aprovechar el recurso humano que mejor defendiese los intereses del gobierno de España. Unos intereses, por otra parte, que el senador Joaquín Sánchez de Toca definió perfectamente tras dar comienzo el Protectorado español en Marruecos en 1912 como de «no admitirse retrocesión del territorio sobre el cual un soldado español hubiese puesto su planta»²³. Definición esta más cercana a la doctrina militar imperante en muchos países del momento que a una acción política.

Pronto demostraría Silvestre que no dejaba de ser acertada su elección. La teatral llegada del nuevo comandante en jefe de las tropas, tantas veces narrada como ejemplo de su egolatría, causó el efecto deseado en el que iba a ser el aliado por necesidad para la consolidación de la expansión española en el nuevo territorio.

Aunque el Raisuni no se encontraba en el muelle para verlo descender del vapor España, que lo trajo a Larache, solo, sin su escolta, la actitud de Silvestre, que desprendía un claro mensaje de liderazgo, lo impresionó lo

²¹ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág.328.

²² FONTENLA BALLESTA, Salvador: *La guerra de Marruecos 1907-1927). Historia completa de una guerra olvidada*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017, pág. 133.

²³ PANDO DESPIERTO, Juan: *op. cit.* pág. 54.

bastante para ser consciente de quién iba a ser su interlocutor directo con España. No era necesario mostrar más fuerza que la de un único hombre, al contrario del despliegue de hombres y materiales que solía exhibir la república francesa.

Efectivamente, el gesto descontextualizado no deja de causar una impresión de arrogancia fuera de lugar. Algo totalmente extraño en un militar que, aunque hasta el momento ostenta una indudable buena hoja de servicios que le permite contar con la confianza del gobierno, tampoco da pie a un comportamiento semejante. En cambio, y atendiendo a semejante puesta en escena, nombre del barco incluido, todo cobra más sentido ante el objetivo de impresionar a un líder y posible aliado que, no lo olvidemos, hacía poco que había puesto en jaque a grandes potencias como Estados Unidos y Francia y que admiraba las muestras de valor y actitudes como la exhibida por Silvestre.

Estaba claro que, con este gesto, Silvestre da buena prueba de conocer la psicología y talante de los marroquíes y de su posible adversario. Algo, a todas luces, fundamental en cualquier tratado de estrategia.

Por descontado, la oportunidad que le ofrece este nombramiento a Silvestre y los apoyos consecuentes también hace que empiecen a surgir sus detractores, sobre todo, entre aquellos que han estado trabajando previamente sobre el terreno y que ahora, lógicamente, se sienten desplazados. Este es el caso, sin duda, del teniente coronel Dueñas, que ni siquiera acude al muelle a recibirlo y traspasarle el mando de las tropas, o el ya mencionado capitán Oviló.

No cabe duda de que la llegada a Larache de Silvestre y el inicio de su relación con el Raisuni serán los cimientos definitivos sobre los que comenzará a forjarse el carácter mítico del personaje. No debemos negar que para ello tuvo un importante papel una de las herramientas que él mismo supo explotar como fue la prensa, ya fuese en su propio beneficio, como reprochan muchos, o en beneficio de promover la labor de España en Marruecos entre la propia sociedad española, la cual se estaba dejando influir más por los periódicos que llegaban de Francia. Por descontado, a esto ayudaba la abierta y amigable personalidad del propio Silvestre, que nunca dejaba de atender a los corresponsales, a quienes, incluso, les permitía el acceso a las expediciones que se llevaban a cabo.

El primer paso que lleva a cabo nada más tomar posesión de su cargo es dejar bien claro, tanto a los marroquíes como a las fuerzas francesas, que la presencia española no se iba a limitar al poco territorio en que se encontraba ni iba a ser limitada en el tiempo. Esto requería exhibir al tiempo un carácter diplomático para evitar problemas con Francia y uno resolutivo que demostrase que no se iba a vacilar en imponer el orden en las zonas

de influencia española. Ambas tareas son puestas en práctica por Silvestre incluso antes de recibir la confirmación oficial de su cargo, cuando trata de limar asperezas con los militares franceses acampados cerca de Alcazarquivir, localidad a la que parte al poco de llegar, al tiempo que les deja claro que la plaza ha sido ocupada por fuerzas españolas al mando del capitán Ovilo y que no va a permitir injerencias en su labor.

Por descontado, y en cuanto recibe refuerzos, comienza una fuerte instrucción de las tropas con el objeto de aclimatarlas al terreno y, de paso, reconocer él en persona el territorio y ubicar los puestos para su defensa y, al mismo tiempo, exhibir las fuerzas españolas ante franceses y marroquíes.

Estas acciones, que a veces iban más allá del territorio marcado como influencia española, le hacen ser amonestado por el ministro de la Guerra, el general Luque, quien teme que pueda producirse un incidente diplomático con Francia a causa, precisamente, de la excesiva publicidad que la prensa da a las expediciones de Silvestre. Esto, que no hubiese pasado de anecdótico, de nuevo nos da una idea de cómo la forma de actuar de Silvestre podía ser fácilmente malinterpretada y magnificada negativamente por aquellos mismos que lo alababan.

Es el caso de la marcha de 60 kilómetros que reseña el corresponsal del *Imparcial* y que Silvestre ordena a finales de junio, a pleno sol y rematada por una tempestad a final del día que acaba con el campamento y con 40 soldados de baja. A pesar de todo ello, el teniente coronel ordena seguir la instrucción con nuevos ejercicios al día siguiente.

Una crónica que, a pesar de estar escrita en tono laudatorio, nunca llega a publicarse, por orden directa de Luque, a causa del efecto que podría tener en la opinión pública. Resulta al tiempo sorprendente la carta que el ministro de la Guerra envía a Silvestre recomendándole que no hiciese esa clase de ejercicios en verano, a no ser que fuese fuera de las horas de sol y breves, debido a que las tropas son bisonas y hay que tratarlas con tacto para tenerlas contentas al tiempo que disciplinadas, porque el clima en la zona es muy malo y ese es el mejor método para sacar partido de ellas. Esta carta parece totalmente inapropiada en un militar de su experiencia y totalmente ajena a la realidad que supone el adiestramiento de las tropas en un terreno como el norte de África.

Al mismo tiempo demuestra el ministro poca confianza en su subordinado al no recabar su informe sobre la marcha de instrucción que ha provocado el desencuentro. Sobre todo, porque se deja guiar por la percepción de un periodista que parece saber menos del tema que él. Tal y como refleja otra carta, la que el coronel Prestamero, enlace que Luque impone a Silvestre con el ministerio, envía al ministro «[...] no tuvo nada de particular, fue

una marcha sencillamente ruda o penosa por las circunstancias del día, pero nada más; no dejó rastro de ninguna clase, ni materiales ni morales, ni hay que hacer de ella una mención especial, y mucho menos en los términos en que lo hizo el citado corresponsal»²⁴.

Quizá el papel que Silvestre quiso otorgar a la prensa en su labor, tanto en Larache como en años posteriores, fuese uno de sus mayores errores. La función de altavoz y de propaganda que podía ejercer era un arma de doble filo que fácilmente podía volverse en su contra, como así ocurrió en los continuos desencuentros con Luque ante las noticias, ya fuesen favorables o desfavorables, que aparecían continuamente. Unos desencuentros, por otra parte, que parecen provocados más por la suspicacia del ministro de la Guerra que por la labor del propio Silvestre, quien llega, incluso, a ser defendido por el coronel Prestamero, de absoluta confianza de Luque, que comunica que por mucha pasión en las formas que ponga Silvestre, en el fondo está siguiendo las órdenes recibidas con total corrección y que, además, está resultando la persona más indicada para el puesto.

Tampoco se puede negar que la personalidad de Silvestre no era la más apropiada para según qué actitudes que, podría considerarse, entorpecían su trabajo. Con lo cual no es extraño que a la carta del ministro respondiese, además de con la corrección debida, con cierta sorna «He recibido sus instrucciones, [...] no hemos tenido incidente alguno ni bajas de personal, consiguiendo con los itinerarios practicados poner la columna a mis órdenes en condiciones de resistencia que antes no tenía y que eran de absoluta necesidad para evitar contrariedades de cuya responsabilidad he querido eximirle²⁵».

Una respuesta, por otra parte, que ha servido para reforzar las tesis sobre la actitud prepotente esgrimida por Silvestre a lo largo de su carrera en el trato con sus superiores, sin plantearse estas, de nuevo, ni el contexto ni lo inverosímil de las propuestas de un general sobre la instrucción de la tropa.

No debemos obviar, por tanto, a la hora de analizar con justicia la figura de Silvestre, los informes que sobre él redactaba el coronel Prestamero y que el ministro Luque remitía a su vez al ministro de Estado con su visto bueno. Tal como señala Serrano Vélez, en uno de estos informes se presentan las claves para entender quién era y cómo actuaba Manuel Fernández Silvestre:

«Silvestre resulta muy a propósito para esto. Es osado, activo, conoce esto y goza de simpatías. Tiene una altanería estrepitosa que lleva en sí algo cierto o algo incierto, es decir, un algo que realza las apariencias, si es que no da nervio a las realidades por el efecto que causa entre el público, es decir,

²⁴ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pág.75.

²⁵ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pág.77.

en los espíritus sensibles, en los prudentes y apocados. Creo que sería muy expuesto tocar o achicar su autoridad en estos momentos»²⁶.

En el mismo informe, Prestamero no solo deja claro que Silvestre escucha sus consejos sobre cómo actuar, sino que también es consciente y asume que si fracasa, toda la culpa caerá sobre él, así como la gloria en caso de triunfo.

Silvestre y el Raisuni

Silvestre pronto se convierte en objetivo de la prensa francesa, que no cesa de pedir su destitución magnificando cualquier incidente y provocando, paradójicamente, que aumente su popularidad. Una popularidad, por otra parte, no buscada por el teniente coronel y que, realmente, vista la imagen que hay hoy en día sobre él, acabaría por no beneficiarle, al mitificar en exceso su personalidad arrolladora y sus presuntas actitudes desafiantes y excesivas.

En realidad, Silvestre se esforzaba por mantener las relaciones diplomáticas con las autoridades francesas intentando, por todos los medios, que los lógicos roces e incidentes entre ambas potencias se solucionasen rápidamente y no llegasen a más. Algo que no siempre se conseguía debido a la clara intencionalidad de provocación de algunos elementos de las fuerzas galas, que parecían estar buscando una situación sin retorno.

Es el caso del agente consular Boisset, que se paseaba armado por los puestos españoles hasta que lo detienen y que protesta cuando se le pone en libertad una vez identificado. O del teniente Thiriet y los varios incidentes que provoca con su brutalidad a la hora de buscar y castigar desertores en el territorio español, siendo el más sonado cuando abofetea a un soldado español y encañona a otros que intentan parar uno de sus castigos. Silvestre dejará rápidamente marchar a ambos, incluso, se disculpará por las molestias que les habían podido causar las tropas españolas cumpliendo con su deber, específica, y minimizará estos percances, hasta el punto de no informar al gobierno de ello, algo que le traerá críticas de la prensa española. Todo con vistas a mantener la situación en unos cauces manejables que eviten males mayores, aunque al final no tiene más remedio que advertir a Luque de las intenciones francesas de que estalle un conflicto.

Los esfuerzos de Silvestre por evitar, precisamente, ese conflicto lo llevan a dejarse entrevistar por el periódico francés que encabeza la campaña en su contra, demostrando así que conoce perfectamente el papel estra-

²⁶ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pág.81.

tégico de la propaganda, ya que consigue atemperar la tensión y recibe la felicitación del gobierno por la contención mostrada.

Esta felicitación, trasladada por el ministro Luque, y los desencuentros que mantiene este con Silvestre, aunque menores, nos presentan, más que a un militar que ejerce una iniciativa e independencia del mando excesiva, a un ministro que no acaba de encajar, por motivos que se nos escapan, con los modos de operar de uno de sus subordinados, a pesar de que estos arrojan buenos resultados que el mismo Luque reconoce sin reparos. Modos, por otra parte, que no tienen nada fuera de lo común y que no deberían sorprender a alguien que ostenta la graduación de general, porque estos obedecen más a la libertad de acción que necesita cualquier mando en operaciones. Efectivamente, Silvestre tiene órdenes de no ocupar posiciones sin permiso previo del gobierno, para evitar incidentes con Francia en plenas negociaciones, pero él mismo advierte en más de una ocasión que la inacción solo traerá malas consecuencias ante el riesgo de que las tropas queden aisladas, con el perjuicio consiguiente.

Está claro que Silvestre, en el ejercicio de sus funciones, toma iniciativas para cumplir con los objetivos marcados por el gobierno cuando se le otorgó el cargo y cuenta con una clara visión estratégica, como demuestran sus propuestas de tomar posiciones que en un futuro beneficien el control de la zona por parte de las tropas españolas y sus continuas peticiones de material que sirvan para mejorar las condiciones de las tropas bajo su mando. Pero siempre dentro de las directrices del gobierno.

Resulta, además, un tanto injusta esa felicitación por saberse dominar y no caer en las provocaciones francesas, como si fuese un hecho excepcional, cuando Silvestre ya en su puesto en Casablanca había sabido mostrar una virtud diplomática fuera de toda duda y que, por encima, había acompañado de la firmeza necesaria en las complicadas relaciones con las fuerzas de nuestro país vecino. Podría parecer, por tanto, que Luque se habría dejado influir por la parte negativa de la leyenda de Silvestre que está creando la prensa y que no se fiaba de él, empeñado desde el primer momento en reconvenir las acciones de este y en mostrar su autoridad atándolo corto, incluso en aspectos tan nimios como el entrenamiento de las tropas. Sobre todo, porque, precisamente, Luque fue uno de los valedores ante Canalejas de la idoneidad de Silvestre para el cargo y que este estaba demostrando sobradamente. En cualquier caso, todo esto no parece ir más allá de simple suspicacia por parte de uno y mucha paciencia por parte del otro.

Hasta prácticamente dos meses después de su llegada a Larache, Silvestre no se reunirá con el Raisuni, ya que el gobierno no acababa de estar

seguro de este nuevo aliado, en una extraña dicotomía que se extenderá a lo largo de quince años de pactos y enfrentamientos.

Al igual que posteriormente Abdelkrim, la inteligencia y ascendente sobre su pueblo, a pesar de su crueldad, convirtió al Raisuni en un duro adversario para España. Cometiendo en los mismos errores que otras potencias antes, el paternalismo colonial español no supo ver más allá de un líder tribal astuto y taimado del que no había que fiarse por su naturaleza cambiante en busca de beneficio, sin que España cayese en la cuenta del excelente conocimiento que tenía de la política internacional y de la situación española y sus debilidades, en particular, lo cual le sirvió para establecer una estrategia de desgaste de la paciencia española en una suerte de aproximación indirecta que podría provocar una victoria a su favor en un enfrentamiento bélico o la claudicación y abandono del territorio por parte de España.

Es posible que Silvestre acabase siendo consciente de que se estaba enfrentando, más que a un líder guerrero, al equivalente a un general en jefe que usaba las mismas habilidades de conducción estratégica de la guerra que cualquier general occidental. Esto explicaría el cambio que se produce en la relación entre ambos, ya que Silvestre llega a desconfiar totalmente del Raisuni y se convierte en su enemigo acérrimo.

Evidentemente, dos personalidades unidas por tantas cosas en común como las que los separaban simpatizarían pronto en un principio o, al menos, se tendrían respeto mutuo. Aun así, Silvestre no comparte la forma de gobernar del Raisuni, algo que deja reflejado en su informe al gobierno sobre la visita. En el mismo, propone, ya de primeras, eliminar los impuestos que cobra el bajá, al igual que ha hecho Francia en su zona de influencia, y prohibir que este obligue a sus súbditos a trabajar en las obras de su palacio, algo que encuentra totalmente bárbaro. Ambas propuestas no tendrán muy buena recepción por parte del gobierno español, que teme que el Raisuni busque alianzas con otra potencia que sí le permita esas prácticas, tan comunes, por otra parte, a la tradición de los dirigentes de Marruecos. De poco sirve que Silvestre advierta en su informe que no terminará con esos desmanes del Raisuni «[...] echará por tierra mis planes de ir anexionándonos territorios sin disparar un tiro, en los que tengo fe ciega»²⁷.

En este punto es importante tener en cuenta la frase de Manuel Fernández Silvestre por cuanto puede explicar su forma de proceder en los momentos en los que se encontraba y, también, durante su etapa como comandante general de Melilla. Resulta curioso que alguien que abogaba, según todos sus detractores, por las vías exclusivamente militares de ex-

²⁷ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pág.103.

pansión, desdeñando las políticas, apostase tanto por la táctica del avance incruento sustentado en ganarse el apoyo de la población.

A pesar de las diferencias, Silvestre y el Raisuni consiguen que a lo largo de sus continuas negociaciones se vayan solucionando problemas y se avance en la relación entre España y su zona de influencia, en detrimento de la francesa, que ve cómo el bajá se va alejando de ellos. La impresión que Silvestre causa en el Raisuni llega al punto de solicitar este que el teniente coronel sea su único interlocutor y que la relación entre ambos sea, incluso, más fluida todavía. Lógicamente, Silvestre accede a esta petición no sin antes dejarle claro, en un evidente gesto de lealtad hacia los intereses del gobierno, que todos los funcionarios españoles con los que estaba tratando hasta el momento eran de total confianza para España. Gesto este que denota, además, que no buscaba el exceso de protagonismo ni la individualidad que tanto se le achaca.

Por descontado, la intensa labor política que debía ejercer no perjudicaba sus labores como jefe de las tropas bajo su mando, entre las cuales siempre ha estado como máxima prioridad, junto con la instrucción, la mejora de la calidad de vida de las mismas. Labores estas que jamás delegó, haciéndose cargo personalmente de ellas más allá de lo que marcaban sus responsabilidades militares y que, incluso, en un futuro le traerían problemas al malinterpretarse maliciosamente en su contra, como ocurrió tras la compra de un terreno que iba a permitir mejorar la salubridad del agua que consumía el contingente español y que, siguiendo instrucciones del gobierno, tuvo que poner a su nombre.

Otro tanto podría decirse de las acciones civiles que, por el cargo que ostentaba, tenía que llevar a cabo en la zona de influencia, algunas de las cuales contaron con el apoyo de la secretaría particular de Alfonso XIII, como la propuesta de contratar a españoles nacidos en suelo marroquí para así formar un grupo de intérpretes que sirviesen de soporte a las fuerzas presentes en la zona. Este apoyo a las propuestas de Silvestre por parte del monarca es visto por algunos como prueba de que ya en esta época contaba con un trato directo con Alfonso XIII por encima del gobierno, cuando no es más que una simple prueba del interés que la cuestión marroquí despertaba en el rey.

Ya en esta época, Manuel Fernández Silvestre, al igual que otros oficiales españoles, es consciente de la importancia de reducir el coste de bajas de los soldados españoles, potenciando la creación de tropas indígenas, al igual que estaba haciendo Francia en su zona. En la *Memoria sobre la ocupación llevada a cabo por las fuerzas españolas en las zonas de Larache y Alcázar ell Kebir* que presenta en diciembre de 1912 y que algunos estudiosos consideran dirigida al rey, apuesta firmemente por la formación de este tipo de unidades de alto valor táctico por su evidente conocimiento tanto del terreno como de las costumbres locales. Atendiendo, además, a su res-

ponsabilidad civil, aboga también por la creación de las llamadas Oficinas Indígenas como elemento fundamental para conseguir la expansión española en el país por la labor política y comercial que realizarían por encima de la militar. Evidentemente, estas oficinas son diseñadas desde la mentalidad típica colonial de la época, ya que, a pesar de su función política, Silvestre las circunscribe al ámbito militar y considera que serán también un buen elemento para transformar la dureza de la ley musulmana en un código más cercano a la mentalidad occidental. Factor este último que, acorde al pensamiento de su época, considera que servirá para atraer a los marroquíes bajo la órbita de España, debido a las bondades de la administración colonial.

Evidentemente, aunque las relaciones con sus superiores en los ministerios de Guerra y Estado no son malas y hay una comunicación fluida, estas no están exentas de los habituales problemas que afronta una misión como la que comanda Silvestre. En repetidas ocasiones, este envía diversas solicitudes al ministro Luque que le permitan poder afrontar sus tareas, tales como pertrechos militares o permisos para ascender a los suboficiales de los *gums*²⁸ creados. Solicitudes que, a menudo, se dilatan en el tiempo y llevan al teniente coronel a alertar en sus cartas del peligro que esto supone para el desarrollo de la misión. Tal es la vehemencia con la que se expresa en dichas solicitudes, propia de su personalidad, que acaba chocando con la mucho más comedida del ministro Luque, el cual se ve obligado en alguna ocasión a reconvenirlo y a tener que recordarle el trato debido a un superior. Estos desencuentros, por otra parte, tampoco van más allá de lo expresado en la correspondencia entre ambos y cuya frecuencia podría acabar llevando a ambos a interpretar erróneamente el tono empleado.

Aun así, es conveniente resaltar el hecho de que esta forma de dirigirse a sus superiores a la hora de reclamar medios para sus operaciones es tomada, de manera increíble, por algunos autores, como veladas amenazas por parte de Silvestre para no asumir responsabilidades en caso de fracaso, algo que, como veremos más adelante, jamás eludió Silvestre.

Esto quizá sea una de las mejores evidencias de cómo sobre la figura de Manuel Fernández Silvestre ha sobrevolado siempre una injusta «leyenda negra» totalmente carente de objetividad, como deja patente, entre otros, Serrano Vélez, que llega no solo a acusar a Silvestre de quejarse para eludir posibles culpas, sino que opina que «Parece que Silvestre nunca consideraba la posibilidad de restringir su actuación a los medios de los que realmente disponía»²⁹. Algo totalmente inaudito en el pensamiento militar enfocado en

²⁸ Los *gums*, *goums* en francés, eran unidades tipo compañía compuestas por soldados irregulares reclutados en la zona y bajo mando de oficiales españoles.

²⁹ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pág.112.

la misión y donde se realiza una adaptación a los medios de los que se dispone, pero nunca se limita la misión a según de lo que se dispone. Por tanto, esto es un claro ejemplo de cómo se juzga la carrera y actuación de Silvestre desde una óptica totalmente alejada de la realidad y del contexto militar en la que esta se desarrollaba.

Con todo, sí hay que reconocer que hay elementos que dan pie a pensar en ciertos roces entre los ministerios y Silvestre, debidos, probablemente, al trato que este tiene con la prensa y del que ya se ha hablado. No se nos debe escapar que, para los periódicos españoles de la época, informar de la acción española en Marruecos es reducirla a glosar la figura de su máximo responsable sobre el terreno. El cual, por otra parte, tiene para el lector un innegable carisma y atractivo que aumenta a cada crónica.

Este exceso de protagonismo que le otorgan los medios bien pudo haber despertado los recelos en el ministerio y alimentar la negativa imagen de individualista y buscador de gloria que siempre ha acompañado a Silvestre, cuando no hay modo de confirmar que él mismo estuviese promocionando este tipo de campañas. No ayudaba, desde luego, la injerencia de los medios en asuntos estrictamente militares, como cuando inician una suerte de campaña generalizada para pedir el ascenso a coronel de Silvestre, algo totalmente contrario a la escala cerrada que trataba de imponerse en aquellos momentos.

Así mismo, el entusiasmo que genera en la opinión pública el teniente coronel, quien levanta una gran expectación a su paso en su primer viaje a la península en diciembre de 1911 y donde es recibido como un héroe por las autoridades de cada una de las etapas, es prueba de que, al menos en algunos aspectos, la cuestión marroquí despertaba interés en la ciudadanía española, sobre todo, cuando se cosechaban éxitos como los que estaba presentando Silvestre. Cabe decir, además, que su popularidad no deja de ser beneficiosa para la causa española en Marruecos, ya que suscita apoyos en los diversos ambientes sociales que se le van abriendo y en los cuales, incluso, se hacen donaciones de material, como los barracones Docker que consigue la presidenta de la Cruz Roja y marquesa de Squilache.

Evidentemente, la labor y el éxito de Silvestre no puede serles indiferente ni a Alfonso XIII ni al presidente Canalejas, con quienes entabla buena relación en las sendas entrevistas que mantienen, al estar en perfecta sintonía las respectivas visiones de cómo llevar a cabo la misión española en Marruecos. Algo que, por otra parte, sirve para afianzar la hipótesis presentada por muchos de que la carrera de Manuel Fernández Silvestre siempre estuvo bajo el amparo del monarca, quien hacía todo lo posible por beneficiarla, a pesar de que no hay pruebas de ello más allá de las conjeturas. Como se puede ver, en esos momentos, Silvestre ya es una figura de reconocido prestigio

sin que haya mediado Alfonso XIII en ningún momento. Incluso su ascenso a coronel, que se produce durante este viaje y que, de nuevo, se achaca al deseo del rey, es concedido en virtud del Reglamento de Recompensas en tiempos de paz del 27 de noviembre de 1890. Este, en su artículo 25, establecía que el gobierno o las Cortes podían premiar los servicios extraordinarios en tiempos de paz de igual manera que se establecían las recompensas por méritos de guerra y a propuesta del ministro del ramo, el cual elevó esta petición, alegando que los servicios prestados por Silvestre en Larache se asemejaban a los que habitualmente se realizaban en campaña, y que fue aprobada por medio de un proyecto de Ley el 24 de enero de 1912.

A pesar de su ascenso a coronel, Silvestre recibe permiso para poder seguir comandando las tropas en Larache, a donde regresa a primeros de año con renovadas fuerzas, gracias a los apoyos recibidos y sumando a estos el que se encontró a su vuelta de España por parte del Raisuni, cuya colaboración era tal que llega incluso a permitir las intenciones de Silvestre de sustituir la justicia islámica por una de corte europeo. Por otra parte, el territorio empieza a ver cómo la labor que ejercen las tropas españolas comienza a dar sus frutos, aumentando la construcción de diversas infraestructuras gracias a la inversión de empresas europeas.

No es extraño que el gran éxito de su viaje a Madrid le pasase factura a Silvestre en las relaciones con sus colaboradores en Larache y con los que antaño le unía gran amistad, como es el caso del comandante Ovilo, con el que mantiene un enfrentamiento cuando este último decide no actuar en la zona subordinado a él, aunque sea su superior en grado. La reacción exagerada de Ovilo ante la simple petición de explicaciones de Silvestre obliga a intervenir a Luque dándole la razón al coronel, a pesar de que el ámbito de actuación de Ovilo sea la policía de Larache. Un incidente que no pasa de ahí y es bastante nimio, pero que, teniendo en cuenta el tiempo que llevaba el comandante Ovilo operando sobre el terreno, mucho más que Silvestre, nos da a entender que la fama del jefe de las fuerzas expedicionarias de Larache empezaba a molestar y despertaba ciertos resentimientos entre aquellos que no recibían tanto interés ni mediático ni desde las altas instancias de la nación.

La mítica relación con el Raisuni

La firma del Tratado de Fez el 30 de marzo de 1912, que da inicio al Protectorado francés en Marruecos, marca el punto de inflexión en la relación entre Manuel Fernández Silvestre y el Raisuni. Este, ante los graves disturbios que se producen con motivo del tratado, recupera su afán de

un Marruecos independiente del control europeo y comienza a dar serias muestras de deslealtad tanto a su alianza con España como a nivel personal a Silvestre, incumpliendo a menudo la palabra dada.

Aun así, Silvestre lo propone para el cargo de jalifa, lugarteniente del sultán, de la zona española, en una acción de claro tacticismo político: Raisuni posee la suficiente autoridad entre las cabilas de la zona para defender los intereses españoles y la expansión de la zona de influencia y, paradójicamente, este cargo le alejaría del contacto directo con ellas, lo que haría disminuir su poder en caso de volverse en contra de España. Silvestre, en su carta al comandante general de Ceuta, Felipe Alfau, aboga por un guerrero más que por un candidato palaciego, ya que en Marruecos el prestigio se obtiene en la guerra, no en la paz³⁰.

En este punto, cabe resaltar que se debe ser muy cuidadoso con la fuente de la que, generalmente, se toma el texto de la carta a Alfau. Esta, proveniente del libro del militar y periodista Rafael López Rienda *Frente al fracaso: Raisuni. De Silvestre a Burguete*, es citada por prácticamente todos los investigadores, muchos de los cuales la usan para reforzar, entre otras cosas, la imagen legendaria del Silvestre guerrero y hombre de acción, y, también, su contacto directo con el rey, ya que López Rienda cita otra carta enviada a Alfonso XIII con la propuesta. Si bien es indudable que la fuente tiene cierto valor al ser su autor contemporáneo de Silvestre y estar en Marruecos, lo cierto es que su estilo y forma no le otorgan mucha credibilidad en algunos aspectos, dándonos a entender que su autor se toma muchas licencias. Algo bien resaltado por Pando Despierto, que no duda en usar los calificativos «empeño novelesco» e «invención histórica» al referirse a esta obra³¹. Es este, por tanto, un elemento más que sirve para poner en cuestión los argumentos que presentan a un Silvestre en connivencia directa con el rey y cuya influencia trata de utilizar.

Las licencias que López Rienda se toma, por otra parte, son tales que alimentan de manera contraproducente el mito de Silvestre, llegando, incluso, a hacerle protagonizar situaciones que no ha vivido y que en el futuro les servirán de prueba a sus detractores para achacarle un carácter irreflexivo y presentarnos a un hombre que se deja guiar por sus pasiones, por muy nobles que sean, y su leyenda.

Este es el caso del famoso episodio de la liberación de los prisioneros, acontecido en enero de 1913, y que supone un elemento más de la ruptura con el Raisuni. Por causa de López Rienda se tiene por costumbre presentar

³⁰ LÓPEZ RIENDA, Rafael: *Frente al fracaso: Raisuni. De Silvestre a Burguete*, Sociedad General de Librería, Madrid, 1923, pág. 65.

³¹ PANDO DESPIERTO, Juan: *op. cit.* pág.61.

siempre a Silvestre como causante de este suceso, irrumpiendo en el palacio del bajá de Arcila lleno de cólera por el trato inhumano que este da a los prisioneros y procediendo a su liberación casi por la fuerza.

Lo cierto es que, como señalan Pando Despierto y Serrano Vélez³², quien estuvo en la prisión de Arcila y ordenó la liberación de los prisioneros, confiscando, además, todas las armas que encontró, fue el capitán Guedea, jefe de la Oficina Indígena. Este es quien se presenta en la prisión, eso sí, cumpliendo órdenes de Silvestre, el cual decide no ir en persona a confirmar las quejas de maltrato, lo que ha ordenado el general Alfau, para evitar un posible conflicto con el Raisuni. Una decisión que luego se demostrará equivocada, ya que, finalmente, el agravio para el bajá de Arcila será no tanto la liberación de los prisioneros como que esta la lleve a cabo un capitán y no el hombre que él solicitó como único interlocutor. Por encima, algunos de los prisioneros lo eran por haber rendido pleitesía al capitán Guedea, jefe de la Oficina Indígena de Arcila, y no al Raisuni.

Al final, este asunto le supone a Silvestre ser reconvenido por Luque, el cual lamenta que no le haya pedido permiso al ministro en Tánger para una acción que, a todas luces, es política y no militar. Además, le solicita que deje en libertad a varios de los prisioneros que se han tomado en esta acción como gesto de buena voluntad para aplacar al bajá³³.

Silvestre es bien consciente de que una política de expansión territorial española en Marruecos mediante la ocupación militar requiere de unos medios y costes que muchas veces España no es capaz de afrontar. La otra política, que él califica de *status quo*, se sostiene en no generar cargas económicas extraordinarias, manteniendo las zonas ocupadas en un estado de máxima tranquilidad. Para conseguir esto propone al ministro, en agosto de 1912, que España actúe de intermediaria entre el Raisuni y las cabilas, despojándolo en la práctica de su poder al no dejarle realizar acciones de gobierno que no vayan avaladas por España. El Raisuni, lejos de mantener el orden en las cabilas, las pone en su contra con su actitud despótica, con lo cual, no se le puede permitir que gobierne con autonomía, pero tampoco dejarlo totalmente de lado.

Esta solución intermedia es la más adecuada para Silvestre. De ahí su propuesta de nombrarlo jalifa, ya que ese cargo lo dotará de una falsa sensación de autoridad y, al tiempo, lo alejará del conflicto directo con las cabilas,

³² PANDO DESPIERTO, Juan: *op. cit.* pág. 62; SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.*, pág. 153.

³³ HERNÁNDEZ HERRERA, Carlos; GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *La acción de España en Marruecos 1492-1927*, Madrid, 1929, pág. 183.

lo que las apaciguará y permitirá la expansión española por las montañas camino a Xauen.

Todo esto nos lleva a concluir que la propuesta de Silvestre de elevar al Raisuni al jelifato, y su enfrentamiento posterior, lejos está de ser fruto del espíritu arbitrario y apasionado que algunos quieren ver en Manuel Fernández Silvestre, sino que se debe a una hábil táctica política cuyo fracaso y consiguiente recrudescimiento de la situación por parte del Raisuni llevan a la adopción de la línea dura y a un intento de eliminar de la ecuación el problema que suponía la actitud del bajá de Arcila.

Bien es cierto que autores como Serrano no dejan de ver en la propuesta de Silvestre la falta de conocimiento de la mentalidad del marroquí y su exacerbado nacionalismo, contrario a cualquier tipo de sumisión e injerencia extranjera, lo cual hacía inviable la posibilidad de que fuese dócil al dominio español³⁴. A este respecto, cabe destacar las últimas investigaciones sobre la Guerra del Rif, donde encontramos un Abdelkrim inmerso en negociaciones con empresas españolas para la explotación minera del territorio al tiempo que arma a las cabilas para lanzarlas a parar a las tropas españolas en su camino a Alhucemas. Lo que indica que el pensamiento político del rifeño era mucho más complejo que el simple afán de independencia de las potencias coloniales, con lo cual, los planes de Silvestre con respecto al Raisuni bien podrían haber dado resultado.

No prospera la propuesta de Silvestre, ya que el gobierno prefiere poner en el cargo a alguien menos conflictivo y que sea, además, miembro de la familia del sultán. Por otra parte, no acaban de confiar en la actitud del Raisuni, como demuestra el hecho de que el ministro de Estado proponga a Silvestre y Zugasti, cónsul español en Tánger, que medien en favor de las cabilas, a la espera de la oportunidad de poder recluir al Raisuni en Arcila y acabar así con sus intrigas.

La mediación acabó tornándose imposible y el Raisuni encendió aún más su enfrentamiento con las cabilas, exacerbando los temores de Silvestre, que ve que la palabra del bajá era cada vez menos fiable. Se inicia así una suerte de escalada en la que el primero aumenta el número de sus partidarios armados y el segundo solicita a España más refuerzos que suplan los licenciamientos de las tropas.

La ruptura definitiva llegará cuando Silvestre, ante el incumplimiento del Raisuni de su compromiso de disolver la mehalá, que cobraba tributos abusivos a las cabilas en su nombre, se ve abocado a hacer una demostración de fuerza, al ver que el bajá no acaba de atender su petición, a la que ha puesto

³⁴ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.*, pág. 139.

fecha límite, y que la mehala cada vez provoca más enfrentamientos armados con las cabilas, lo que puede hacer que estas acudan a buscar la protección de Francia si ven que España ignora sus peticiones de amparo ante los abusos.

El envío, a mediados de agosto de 1912, del capitán Ovílo para tomar posiciones dentro de la ciudad de Arcila con las tropas españolas, que hasta ahora habían estado acantonadas en los alrededores, no consigue el efecto de persuasión sobre el Raisuni que busca Silvestre. Todo lo contrario, este lo considera un insulto a su autoridad y repite los agravios hacia el capitán como ya ocurrió en su momento. Finalmente, el 30 de agosto será el propio Silvestre el que acuda al frente de una fuerte columna con la intención de obligar a la mehala a retirarse de la zona ante la potencia exhibida por las tropas españolas.

A pesar de que las acciones del coronel Silvestre parecen claramente encaminadas a restringir el uso de la fuerza al último recurso, finalmente se produce un enfrentamiento, cuando la mehala abre fuego contra los elementos indígenas del tabor de Alcazarquivir que forman parte de la columna, los cuales rechazan el ataque provocando varias bajas y la huida del enemigo. Este busca refugio en Arcila, donde es desarmado por los hombres de Ovílo sin mayor resistencia y culmina la operación con éxito.

Lo difícil que ha sido siempre la relación de España con el Raisuni queda patente en su actitud en este episodio. Viendo que sus excusas, alegando que la mehala confundió a la columna con tropas francesas, ya no causan efecto alguno en la determinación de Silvestre, Raisuni marcha de Arcila en dirección a Tánger a presentar una protesta formal ante Villasinda, ministro español en dicha ciudad, por lo que considera una agresión contra una de las fuerzas del majzén, al que el representaba como gobernador.

Finalmente, las consecuencias de la acción de Silvestre acaban levantando una pequeña tormenta diplomática ante el temor del resto de las potencias de que el Raisuni iniciase una guerra abierta contra la presencia europea en la zona. Esto lleva al gobierno, por medio de Villasinda, a ordenar a Silvestre que no emprenda acción alguna contra el bajá de Arcila, en cuanto seguía siendo la cabeza visible de la autoridad del majzén en el territorio.

De nuevo tenemos un hecho en la vida de Manuel Fernández Silvestre que sirve a algunos para ilustrar la idea de un hombre caracterizado por su irreflexión, que se guía por un ego dañado cuando ve su autoridad minada y que es incapaz de tomar consciencia de las consecuencias de sus acciones. Poco analizan estas voces el hecho de que Silvestre está en todo momento sobre el terreno midiendo la tensión creciente en la zona y, lo más importante, valorando la actitud de su oponente, el cual cada vez daba más muestras de no colaborar con España, desatendiendo sus peticiones.

Ya hemos visto cómo Silvestre recibió instrucciones de mediar a favor de las cabilas, que comenzaban a perder la paciencia y amenazaban con acogerse a la protección francesa, algo totalmente contrario a los intereses de España que, justo en esos momentos, estaba ultimando los detalles del tratado con el país vecino. Por tanto, su acción, en principio enfocada a la labor de policía y exhibición de fuerza, parece una clara respuesta táctica a la más que posible estrategia de presión del astuto Raisuni para forzar su nombramiento como jalifa, que en estas fechas ya ve improbable y que le provoca el consiguiente enfado y cambio de actitud para con España.

Ante esto, podemos asumir que Silvestre toma una decisión de mando sobre el terreno basándose en las instrucciones del gobierno, el cual, con sus bandazos, está demostrando realmente no saber cómo gestionar la relación con el Raisuni ni qué postura tomar respecto a él, haciendo muy difícil para el jefe de las tropas apoyar a unos sin molestar al otro. Por otra parte, no sería de extrañar que el enfado del gobierno ante la acción de Silvestre respondiese más a un intento diplomático de apaciguar al resto de países, que consideraban que España había puesto en peligro la estabilidad de la zona y que pedían, incluso, el relevo de Silvestre, que a un enfado real con el coronel. Solo así se explica que, al tiempo que es reconvenido para que no vuelva a contrariar al Raisuni, sea condecorado por la acción contra la mehala en el río Mejazen. Una acción, dicho sea de paso, que muestra una brillante capacidad táctica por parte del coronel Silvestre al posicionar, días antes, a las fuerzas del capitán Ovílo dentro de la ciudad a la que, con toda seguridad, iba a ir a refugiarse la mehala en caso de enfrentamiento.

Aunque España, retirando las tropas de la ciudad y sustituyéndolas por un tabor indígena de nueva creación, consigue que finalmente el Raisuni regrese a Arcila en calidad de gobernador, los incidentes con él irán en aumento, porque considerará toda acción española como una intromisión en la autoridad tanto del Majzen como de él mismo. Es el caso del establecimiento de la Oficina Indígena de Arcila, la idea promovida por Silvestre y que finalmente lleva a cabo el ministerio de Guerra en contra de la opinión del de Estado. Ideada en los tiempos en los que parecía que el bajá de Arcila accedía a todas las propuestas del gobierno español, ahora era causa de desagravio al considerar este que iba a restarle autoridad al dar opción a sus súbditos a acogerse a ella en busca de justicia.

Evidentemente, esta situación acaba degenerando en un continuo choque entre la autoridad española, encarnada por Silvestre, y la del Raisuni, que continuamente está buscando el modo de minar aquella por medio de incumplir sistemáticamente todos los acuerdos y que, incluso, aprovecha el regreso

temporal del coronel a España para intentar llamar a la rebelión a las cabilas, algo en lo que fracasa debido al éxito de la labor de España en la zona.

Una vez firmado el tratado con Francia, que estipulaba el Protectorado español en los territorios de Larache, Alcazarquivir y Tetuán, Silvestre decide hacer otra demostración de fuerza ante el Raisuni, ordenando al capitán Guedea la liberación de los reclusos de la prisión de Arcila, episodio ya mencionado. En el telegrama que manda al ministro Luque informándole de lo acontecido, reconoce que ha procedido a la liberación de los prisioneros en un, de nuevo, movimiento táctico, al conocerse que el Raisuni iba a hacer lo mismo para así ganarse a las cabilas con este gesto, con lo cual, España no solo lo neutraliza, sino que, además, obtiene el beneficio político de esta acción. Que Silvestre tome la iniciativa amparándose en su condición de jefe de las fuerzas españolas para evitar un posible desprestigio a España es algo que le supone las quejas de Villasinda, molesto por lo que consideraba una injerencia del coronel en sus competencias, si bien es cierto que la política del ministro hacia el Raisuni era de muy poco rigor y que le dejaba hacer las más de las veces.

De nuevo, el Raisuni abandona Arcila ante el temor de todos de que se inicie una guerra abierta en la recién creada zona del Protectorado. Mientras, la prensa en España interpreta el asunto de la liberación de los prisioneros de manera heroica, encumbrando, una vez más, a un Silvestre cuya posición, en estos momentos, es un tanto delicada, a pesar de contar con la confianza del gobierno. El propio Villasinda llega a acusarlo de ser el causante del caos que ha supuesto la marcha del bajá de Arcila, que, encima, ve reforzado su prestigio.

La tensión tras la marcha del Raisuni hace que la unidad de acción española en la zona se acabe rompiendo. Villasinda, en su condición de ministro de España en Tánger, ya se muestra abiertamente en contra de los modos de proceder de Silvestre y partidario de ceder ante el Raisuni para mantener la paz, negociando con él su regreso a Arcila a cambio de restringir el papel de los militares en el plano político. Algo con lo que, por descontado, Silvestre no está de acuerdo, ya que considera que aprobar esas condiciones es una reprobación a su labor en toda regla y, además, echa por tierra toda la labor efectuada hasta el momento, a la vez que puede traer consecuencias insospechadas, por lo cual presenta su dimisión.

En este punto, debemos prestar atención, en la carta que Silvestre envía al ministro Luque con su dimisión, a algo que expresa perfectamente su forma de conducirse tanto en lo personal como en lo militar y que forjaría su actuación años después en Melilla «[...] debe tener la dirección política quien ejerce el mando de la fuerza, ya que en este país no se puede realizar aquella sin recorrerlo con las armas en la mano. [...] pues prefiero sacrificar

mis más caras ilusiones como militar, antes que secundar una política en mi concepto equivocada»³⁵.

Con todo, esta dimisión, sorprendentemente, es rechazada por Luque, quien, al mismo tiempo, amonesta a Silvestre por inmiscuirse en asuntos que eran competencia exclusiva del gobierno. Esto da pie, por supuesto, y de nuevo, a las conjeturas de que Manuel Fernández Silvestre contaba con muy altos apoyos en la jefatura del Estado que no estaban dispuestos a que se viese perjudicada su carrera. Aun así, lo más probable es que Luque, militar como Silvestre, haya preferido dar un toque de atención a su subordinado, que realmente estaba excediendo sus atribuciones como jefe militar de la zona, antes que perder al único que estaba siendo capaz de tener iniciativa con el problema del Raisuni, en otro claro ejemplo de las discrepancias entre administraciones sobre cómo actuar en Marruecos.

El Raisuni aprovecha bien la actitud de Villasinda y la campaña de prensa magnificando las desavenencias entre Silvestre y el ministro plenipotenciario, enrareciendo más la situación con continuas quejas sobre su antagonista no exentas de victimismo y que desembocan en la organización de una entrevista entre ambos, que se celebra en Tánger el 20 de febrero para tratar de solventar el problema.

En esta entrevista, Manuel Fernández Silvestre logrará mostrar a las autoridades españolas los equivocados conceptos que sobre él se estaban formando y conseguirá que tanto el coronel Barrera como el propio Villasinda emitan informes muy favorables sobre su profesionalidad y su modo de proceder, aunque este último advierte que el principal problema para lograr la paz es la clara animadversión que se profesan entre ellos y que, por tanto, el coronel debe ser controlado con órdenes precisas. También de esta reunión obtendrá Silvestre algo que engrandecerá aún más y contraproducentemente su creciente aura mítica, cuando el Raisuni describe la relación entre ambos con la ya famosa frase de

*«Tú y yo formamos la tempestad; tú eres el viento furibundo; yo, el mar tranquilo. Tú llegas y soplas irritado; yo me agito, me revuelvo y estallo en espumas. Ya tienes ahí la borrasca. Pero entre tú y yo hay una diferencia; que yo, como el mar, jamás me salgo de mi sitio y tú, como el viento, jamás estás en el tuyo, en uno solo»*³⁶.

Está claro que, a pesar de los roces y discrepancias expuestos hasta ahora, el gobierno valora en gran medida la profesionalidad de Silvestre,

³⁵ SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Historia de las Campañas de Marruecos*. Madrid, 1951, tomo II, pág. 885.

³⁶ Citado en CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 327.

tiene en cuenta su opinión sobre cómo afrontar la labor del Protectorado y no duda en pedírsela cuando es necesario. Esto es lo que hace el ministro de Estado, curiosamente, un día después del rechazo de su dimisión por parte de Luque, para afrontar la reorganización de los servicios de la administración del Estado tras la ocupación días antes de Tetuán. Silvestre, en su informe, vuelve a dejar bien claro su pensamiento de la acción política sostenida por la militar al defender que el objetivo último de la presencia española en el Protectorado estaba encaminado a mejorar en todos los aspectos posibles la vida de los marroquíes, transformando, por medio de la acción militar pacificadora que asegurase el orden, el país en una región moderna y próspera que, además, respetase las tradiciones seculares de Marruecos. De este modo, Silvestre claramente apuesta por aplicar las lecciones aprendidas de la labor francesa en su zona del Protectorado.

El comandante general de Larache

Para poder cumplir con el tratado franco-español que establecía el Protectorado en Marruecos, se crea en marzo de 1913 la Comandancia General de Larache, cubriendo así oficialmente la ocupación de las zonas de Alcazarquivir, Arcila y la propia Larache. Transitoriamente, y hasta que se nombre un general de brigada para cubrir el puesto, el cargo de comandante general será ejercido por el coronel Silvestre. Este ve, además, que se siguen sus recomendaciones por parte del gobierno, ya que se crean tres Oficinas Indígenas, una para cada zona, que recogen información fundamental sobre las cabilas y transmiten puntualmente al Estado Mayor de la Comandancia, del cual dependen orgánicamente, tal como planteaba Silvestre.

Días antes de la creación de la Comandancia, Silvestre es llamado por el ministro de la Guerra a despachar con él en Madrid. Este llamamiento y las entrevistas mantenidas además con el ministro de Estado, con Romanones y con el rey, nos dan a entender que tuvo un papel importante en la toma de decisiones y que estaba considerado un elemento fundamental de la acción española en Marruecos. Por descontado, su viaje a Madrid vuelve a despertar entusiasmos tanto en la prensa como en los círculos sociales, donde dan por hecho que Silvestre no se limitará a ejercer de comandante general de manera interina y que su ascenso al generalato es cosa segura.

Nada más regresar a Larache, Silvestre se presenta a su nuevo superior, el también recientemente nombrado alto comisario, general Felipe Alfau, cuyas ideas, en sintonía con Silvestre, eran terminar de una vez con los conflictos y centrarse de lleno en la acción civil, para dotar de infraes-

estructuras a la población indígena y mejorar así su calidad de vida. Tampoco ve este con buenos ojos la actitud del Raisuni por el peligro que suponía para instaurar la paz, por lo que promueve el nombramiento de un nuevo jalifa y lo sustituye, incluso, como bajá de Arcila por uno de sus oponentes. Algo que repetirá también en Alcazarquivir y Larache, aislándolo así cada vez más, hasta que, finalmente, se declara en rebeldía.

El general Alfau se encuentra con el problema de que su condición de alto comisario no le permite ejercer un mando real sobre las tres comandancias, las cuales a menudo actúan con total independencia a causa de las distancias y las pobres comunicaciones. Por encima, estas pueden comunicarse directamente con los ministerios de Guerra y Estado, con lo cual, en muchas ocasiones se saltan la cadena de mando.

Semejante sistema hace comprensible que Alfau tenga pronto roces con Silvestre en este tema. Así mismo, en sus comunicaciones con el ministro Luque demuestra Alfau cierta animadversión hacia el comandante general, informando de que, a pesar del entusiasmo y predisposición de Silvestre, se ve obligado a frenar sus iniciativas al detectar en ellas intereses ocultos de beneficio personal³⁷. Que en apenas mes y medio en el cargo ya exprese una opinión semejante y reconvenga varias veces a Silvestre el hecho de enviar copia de sus informes a los ministerios no habla tanto de una posible actitud arrogante por parte de Silvestre, acusación que muchos hacen alegando que se sabía apoyado por las altas esferas, como de los empeños de un comandante en jefe en dejar bien claro a un subordinado díscolo quién está al mando. No parece haber motivos suficientes para tomar tal actitud, a no ser que provengan de prejuicios hacia Silvestre que Alfau trajese consigo, probablemente debidos a la gran popularidad del primero.

Por otra parte, la forma de actuar de Silvestre es la propia de un militar que se encuentra sobre el terreno, tiene experiencia en lo que acontece en la zona y trata de proponer acciones que le permitan cumplir con la misión encomendada, como cuando solicita tomar Zinat alertando que es el bastión al que el Raisuni irá a esconderse para iniciar la rebelión. Su propuesta no será aprobada ni por Alfau ni por el ministerio, lo que deja claro que Silvestre no se saltaba el escalafón en busca de apoyos superiores cada vez que no podía hacer su voluntad.

Resulta, por tanto, sorprendente en este aspecto que autores como Serrano Vélez mencionen una presunta carta de Alfonso XIII a Silvestre en la que el monarca le da la razón en el asunto de Zinat. La afirmación que hace este autor al transcribir la carta, sin cita ni referencia alguna a su proceden-

³⁷ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.*, pág. 177.

cia documental, de que con ella se demuestra que había una comunicación fluida entre ambos en esa época y que el rey se inmiscuía en la acción militar promoviendo planes de acción, refuerza la idea de que muchos estudiosos reinciden en repetir rumores y tópicos de un ensayo a otro y que, en realidad, no tienen base documental alguna más que la conjetura³⁸.

Tras su destitución y el nombramiento de los nuevos bajás, el Raisuni inicia su rebelión a principios de junio atacando varias posiciones españolas. Al igual que el resto de los comandantes generales, Silvestre entra en campaña al mando de una columna y demuestra, una vez más, su valía más allá de las operaciones de policía que había realizado hasta el momento. Cumple los objetivos marcados con apenas bajas, sabiendo además anticiparse a las intenciones del enemigo por medio de decisiones tácticas que le llevan, entre otras, a tomar Cuesta Colorada, arrebatándole así un punto de gran valor estratégico.

La conducción exitosa de estas operaciones, así como sus méritos de guerra y su servicio como comandante general de Larache le supusieron ser recompensado con el empleo de general de brigada el 19 de junio de 1913, convirtiéndose en el general más joven en el Ejército español. Además de solucionar así los problemas administrativos de tener un coronel desempeñando la labor de un general, el ascenso permite al ministro de la Guerra seguir contando con los servicios de Silvestre en la zona, al que considera imprescindible.

El peso de los sucesos que acontecerán en la Comandancia General de Melilla de 1921 hace que el servicio en campaña de Silvestre como conductor de operaciones no sea tenido en cuenta a la hora de analizar su historia. Mientras que Serrano Vélez menosprecia los combates dirigidos por él, alegando que son magnificados por la prensa³⁹, Pando Despierto los describe despectivamente con un «dando golpazos bélicos a diestro y siniestro»⁴⁰. En cambio, algunos de los autores de los trabajos más recientes, como Fontenla Ballesta o Caballero Echevarría, ponen en su justo valor la pericia militar que posee alguien que en tan solo cuatro años pasa de comandante a general, en una exitosa carrera. Estos acuden a las fuentes documentales fundamentales, como son la hoja de servicios o los diarios de operaciones, evitando así las opiniones subjetivas que se generan en las bibliográficas, a menudo lastradas por una falta de análisis de los elementos puramente militares.

No se puede dejar de lado que las exageradas celebraciones que el ascenso de Silvestre despierta en la prensa y diversos sectores sociales ensombrecían la labor del resto de fuerzas militares presentes en Marruecos y cuyos méritos estaban a la altura de los de nuestro protagonista. Evidente-

³⁸ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.*, pp. 180, 181.

³⁹ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.*, pág. 182.

⁴⁰ PANDO DESPIERTO, Juan: *op. cit.* pág.65.

mente, el cargo que este ostentaba tenía un importante factor mediático que alimentaba esta sobreexplotación y no resulta extraño que pudiese despertar resquemores y envidias. Son muchos los autores que no pierden oportunidad de resaltar que varias de las crónicas periodísticas que dan la noticia del ascenso incluyen, al final, un par de líneas mencionando el ascenso del también nuevo general Dámaso Berenguer, jefe de las tropas indígenas. Prueba esta, para ellos, de los conflictos que se generarían entre los dos en un futuro, muchos de ellos infundados, como luego veremos.

Los problemas logísticos frenan la campaña de Silvestre contra el Raisuni en el verano de 1913, aunque continua el hostigamiento con varias operaciones de castigo, sabedor de que el Gobierno está explorando la posibilidad de entablar conversaciones con él, algo con lo que Silvestre se muestra contrario, por considerarlo una desautorización a su labor hasta el momento. Será aquí donde el ahora general adquirirá la valiosa experiencia de la importancia de unas buenas comunicaciones, que permitan abastecer a las posiciones en un teatro de operaciones tan vasto, así como del factor estacional para el éxito de las campañas, ya que el rifeño tiene la costumbre de abandonar temporalmente la lucha en las épocas de recolección y siembra.

La capacidad militar del general Manuel Fernández Silvestre queda patente en su conducción de las operaciones en un conflicto característicamente irregular y en el que no se goza de una doctrina específica, pero en el que sabe aplicar una suerte de aproximación indirecta, por medio de movimientos tácticos de toma de posiciones y acciones que dejan a los insurgentes sin medios materiales de vida ni suministros, forzándolos así a huir a las montañas, desde donde su acción es menos intensa.

Otro aspecto que aprende a no dejar de lado y que debe compaginar con la acción militar es el referente a la administración civil del territorio que implica su cargo de comandante general, para lo cual dota a la zona de las necesarias infraestructuras para mejorar la vida de sus habitantes, lo que le hace merecedor de nuevos elogios y recompensas.

La pronta dimisión de Alfau, que no comparte la política gubernamental, trae el nombramiento en agosto de 1913 del general Marina, antiguo superior de Silvestre en su etapa en Melilla, como nuevo alto comisario. Marina, firme defensor de la primacía de la acción civil sobre la militar, viene con idea de pacificar la zona occidental del Protectorado usando métodos similares a los que le dieron el triunfo en la Campaña de Melilla de 1909: un conflicto de combates limitados y orientados al escarmiento del enemigo para provocar su rendición ante la superioridad de las tropas españolas.

Aunque se aduce que esta visión de Marina chocaba con la de Silvestre, provocando enfrentamientos entre ambos, no parece que estos fuesen

más allá de las lógicas discrepancias operacionales. Que algunas de las peticiones de actuar de Silvestre fuesen rechazadas por su superior o que este iniciase negociaciones con las que el comandante general de Larache no estaba conforme no son significativas, en modo alguno, de que hubiese una mala relación profesional entre ambos, como muchos autores se empeñan en ver para reforzar la negativa personalidad de Silvestre. Analizando el pormenorizado desarrollo de las operaciones que presenta un autor como Fontenla Ballesta o la obra del Servicio Histórico Militar, podemos comprobar que Silvestre acata en todo momento las órdenes de su superior, limitando sus operaciones a razias de castigo y toma táctica de posiciones, al tiempo que Marina inicia negociaciones con el Raisuni, aunque no deja de advertir al alto comisario de que las negociaciones en época de cosecha encierran una trampa para ganar tiempo. La difícil situación que provoca el inicio de la Gran Guerra europea en el verano de 1914, cuando el gobierno español decide suspender todas las operaciones para no tensionar la zona francesa, es asumida de manera brillante por un Silvestre que sabe prepararse para el momento en que se le vuelva a autorizar reanudarlas, al tiempo que advierte del peligro de que se refuercen las harkas con la inactividad. Cuando Marina, una vez fracasada la negociación, le da luz verde, las acciones militares de las columnas de Silvestre consiguen brillantes éxitos.

El propio Marina declarará en la comisión de responsabilidades del Congreso de 1923 que Silvestre, al que precisamente recomendó para el puesto de Casablanca, era un militar de gran seriedad, honradez y lealtad, aunque a veces se saltase los procedimientos reglamentarios y se excediese un tanto de sus funciones a la hora de realizar sus misiones, lo que obligaba a atarlo corto. Aunque confiese en la misma comisión que él no lo habría escogido para comandante general de Melilla por su propia experiencia con él, todo nos lleva de nuevo a pensar que no había más roces que los habituales a la hora de ejercer el mando. Un mando que, no lo olvidemos, resultaba de gran dificultad debido a que el alto comisario no ejercía el mando de general en jefe del ejército de Marruecos, sino el de inspector de las tropas, con lo cual se hacía inevitable que las comandancias generales tendiesen a operar con autonomía⁴¹.

Lo que no se puede negar es el hecho de que Manuel Fernández Silvestre provocaba, al igual que enconados entusiasmos, absurdos prejuicios por parte de sus nuevos superiores que producían incidentes que se resolvían fácilmente. Esto es lo ocurrido con el nuevo ministro de la Guerra, el general Echagüe, que le recrimina en una comunicación el excesivo gasto de munición de artillería que hacen las fuerzas de Silvestre en sus acciones de

⁴¹ Citado en ALBI DE LA CUESTA, Julio: *op. cit.* pág. 162.

castigo. Aunque, efectivamente, la respuesta de Silvestre pidiendo que le den instrucciones precisas sobre cuánto gastar no está exenta de cierto tono insubordinado, es la única posible ante una queja de alguien que no está sobre el terreno y que, por encima, traslada la de otro ministerio. Echagüe conseguirá salir airoso de tan surrealista situación, alegando que su comunicación solo quería prevenir posibles abusos y aprovechar, de paso, para ordenar el cese de la actividad militar con motivo del inicio de la guerra en Europa⁴².

Aun así, la relación de Silvestre con el ministro Echagüe sigue tensándose cada vez más, con recriminaciones por ambas partes, tanto por la política a seguir tras el cese de las operaciones como por los cambios en el planeamiento táctico de Silvestre, que decide no tomar el bastión del Raisuni en Zinat por considerar que esto ocasionaría grandes bajas en las filas españolas y a pesar de que el ministerio le ha ido dotando de los medios solicitados para hacerlo⁴³.

La táctica de aproximación indirecta y toma de posiciones clave, fácilmente asociable a un militar de Caballería como Silvestre, comienza a dar sus frutos, ya que las cabilas empiezan a ser más propensas a prometer sumisión a España e, incluso, al propio Raisuni, que va perdiendo sus apoyos a causa de la hambruna que se extiende por la región producto de las acciones de la Comandancia General de Larache. Aun así, Silvestre no consigue dar el deseado golpe definitivo al *xerif*, que, acorralado, vuelve a entablar negociaciones con el gobierno en la primavera de 1915.

La importancia que Silvestre sabe que tiene el factor estacional en Marruecos para la exitosa conducción de las operaciones queda patente en sus advertencias a Marina, con amago de dimisión incluido, de que todo es un nuevo intento del Raisuni para ganar tiempo y que retrasar la campaña prevista para después de agosto tendrá un alto coste por el estado de ríos y caminos⁴⁴.

Poco importarán al final las negociaciones de Marina y la posible dimisión de Silvestre, ya que en mayo de ese año tendrá lugar el suceso que acabará, de momento, con la presencia de ambos en Marruecos.

El asesinato de Alkalay, emisario del Raisuni, a manos de oficiales españoles de la Oficina Indígena de Arcila, cuando este llevaba las propuestas del gobierno español en las negociaciones, hace que todas las sospechas se dirijan hacia el comandante general de Larache, bien por acción u omisión.

Poco importa que Silvestre, a instancias de Marina, ponga rápidos medios para esclarecer el asunto, después de recibir un primer e insatisfactorio informe que achaca el asesinato a unos bandoleros. Según López

⁴² SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *op. cit.*, pp. 898, 899.

⁴³ *Ibidem*, págs. 899-903.

⁴⁴ *Ibidem*.

Rienda, principal fuente del suceso, Marina culpa desde el primer momento a Silvestre, lo cual se contradice con los mensajes de este solicitando actuar tanto contra el capitán Rueda y sus tenientes como contra el bajá de Arcila, presunto instigador del crimen.

Es evidente que Marina, ante la gravedad de los hechos, toma conciencia del fracaso de la política española llevada a cabo en la zona y de que le va a tocar asumir responsabilidades, al ser obra de españoles y carecer de objeto alguno el asesinato. Pero eso no implica en modo alguno, como sostienen autores como Serrano⁴⁵, que este considere culpable a Silvestre más allá de la responsabilidad última que tiene como jefe de los asesinos. Más aún, en la Comisión de Responsabilidades de 1923 deja bien claro que nunca ha considerado a Silvestre responsable directo de este asunto. Considerar que el capitán Rueda, leal subordinado de Silvestre, actuó a instancias o influencias del general no deja de ser un juicio de valor que poco se sostiene, al no basarse en prueba alguna, y todavía menos, si se argumenta en función de las muestras de oposición de Silvestre a las negociaciones. las cuales expresa como advertencia, como es su deber, pero siempre dejando bien claro que acata las órdenes y decisiones del gobierno. A poco que se va conociendo su trayectoria, con su honda preocupación por evitar bajas innecesarias, vemos que ni en los cálculos más perversos puede encontrar el comandante general beneficio alguno en una operación encubierta, como es este asesinato, para echar por tierra las negociaciones.

Aunque la frase, probablemente inventada, que López Rienda pone en boca de Silvestre en su conversación con Marina «¡Yo no me considero fracasado, general! ¡Yo tengo trazada de siempre mi línea de conducta!», trata de reforzar la idea de un Silvestre que no se detiene ante nada para la consecución de sus objetivos, esta demuestra aún mejor los principios y valores de un Manuel Fernández Silvestre que se rige por un férreo sentido del honor.

Nunca ha llegado a saberse quién estaba realmente detrás de este extraño suceso que tuvo dispares consecuencias. El Raisuni, paradójicamente, se alzó como el gran beneficiario del asesinato, ya que consiguió pactar un ventajoso acuerdo con España en septiembre de ese mismo año. No sin antes, por supuesto, acusar denodadamente a Silvestre del crimen. Por su parte, los autores materiales, el capitán Rueda y los tenientes Morales y García de la Sota, fueron indultados por un Real Decreto General al año siguiente y sin llegar a ser juzgados.

Marina y Silvestre son cesados en julio, aunque se evita que este cese sea considerado un baldón en sus carreras. Marina recibe la Gran Cruz de

⁴⁵ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.*, pág. 213.

la Orden de San Fernando, mientras que Silvestre es condecorado con la de María Cristina y nombrado ayudante de cámara de Alfonso XIII.

Con su destitución, Silvestre podrá comprobar que la fama y el buen nombre es algo que siempre está en la balanza, ya que marcha de Larache al tiempo que se inicia una breve campaña de infundios contra él sobre un posible enriquecimiento durante su etapa allí. Esto se desmonta rápidamente al demostrar que las compras de terrenos a su nombre se han hecho siguiendo instrucciones expresas del gobierno y que él no ha obtenido beneficio alguno.

Del Cuarto Militar del rey a la comandancia general de Ceuta

Silvestre regresa a la península, después de ser cesado en Larache, revestido de éxito, sobre todo, en el ámbito castrense, ya que no falta un séquito continuo de militares de alta graduación desde su desembarco en Cádiz hasta su llegada a Madrid. Un entusiasmo secundado por la prensa de todo signo, que reseña su llegada y que, incluso, provoca momentos ciertamente surrealistas, como cuando la prensa republicana le dedica alabanzas al tiempo que critica su nombramiento como ayudante de cámara del rey⁴⁶.

Su labor de ayudante de cámara del rey, nombramiento que no deja de ser un premio, a pesar de su cese, es lo que realmente hace que entable una estrecha relación con Alfonso XIII, la cual hasta el momento no pasaba de ser la de un militar que despertaba el interés del rey por su popularidad y con el que despachaba al igual que con el resto del gobierno. El hecho de acompañar al monarca, cada vez que es designado, tanto en sus actividades institucionales como sociales y privadas, hace aún mayor la popularidad del general y más evidente su ascenso social. La prensa que cubre la agenda del rey reseña siempre la presencia de Silvestre a su lado e, incluso, lo hace protagonista de chismes como el famoso duelo presuntamente mantenido con el coronel Francisco Echagüe Santoyo.

En los cuatro años que Silvestre permanece en el Cuarto Militar del rey verá llegar no solo varias recompensas, sino, también, su ascenso a general de división, que se le otorga por antigüedad, y la entrada de su hijo, Manuel Fernández Duarte, en la Academia de Caballería, siguiendo los pasos de su padre y su abuelo. Por otra parte, a nivel nacional, es la época en que se crean las Juntas de Defensa, que tanta importancia tendrán en el futuro del ejército de Marruecos, y en la que el sucesor de Marina en la Alta Comisaría, el general Gómez Jordana, muere súbitamente en su puesto, lo cual hace

⁴⁶ *Ibidem*, pág. 225.

que empiece a sonar el nombre de Silvestre para sucederlo. Finalmente, este puesto será cubierto por Dámaso Berenguer, amigo de Silvestre y ministro de la Guerra hasta su nombramiento, quien pronto piensa en devolverle un mando en África para llevar a cabo sus planes de pacificación de territorio. No deja de ser sorprendente que, si atendemos al mito de la mala relación entre ambos compañeros de Academia, Berenguer esté promoviendo tener bajo su mando a Silvestre, sobre todo, dándose la conocida circunstancia de que el segundo era más antiguo en el generalato por tan solo un día. No es difícil, por tanto, entender que no había roce alguno ni problemas de mando en la relación entre ellos, al ser esta situación consensuada por ambos.

Aunque Silvestre y Berenguer acuerdan que el primero sea nombrado comandante general de Melilla en cuanto quede vacante, finalmente, el gobierno le da la comandancia de Ceuta, resolviendo así su nuevo destino, al finalizar el período de servicio que las Juntas de Defensa han marcado para el Cuarto Militar del rey. De nuevo, los detractores de Manuel Fernández Silvestre quieren ver en esta designación la influencia de Alfonso XIII, sobre todo, tras la extraña declaración de Romanones ante el Congreso en 1922, donde afirma que no quería que el general volviese a África. Normalmente, la fuente utilizada para esta elucubración es Víctor Ruiz Albéniz, un declarado enemigo de Silvestre y cuyas declaraciones deben ser cuestionadas, que alude a una supuesta carta enviada por este a Berenguer, donde le informa de que su nombramiento ha sido impuesto al consejo de ministros⁴⁷. Aun así, el «anotador» al que hace referencia Albi de la Cuesta también decide asumir y dejar reflejado en el texto que maneja que, sin duda, el nombramiento de Silvestre es gracias al rey⁴⁸. Una fuente esta, por otra parte, cuyo uso resulta sorprendente, al no aportar nada más que una opinión a todas luces subjetiva. Por mucho que este militar anónimo, presuntamente el futuro general Monasterio, fuese contemporáneo de Silvestre, sus opiniones, además de personales, no se sustentan en base alguna y lanzan, muchas veces, conjeturas en origen viciadas por lo ya publicado en la época. Algo que, por encima, no se puede medir, por desconocer en qué momento es anotado el libro.

El general Manuel Fernández Silvestre llega a Ceuta el 12 de agosto de 1919 entusiasmado por volver a la acción en Marruecos, tras cuatro años apartado de ella. Le acompañan su ayudante personal desde el destino en Larache, el comandante Tulio López Ruiz; su secretario, el también comandante Juan Hernández Olaguibel y su también ayudante, el teniente coronel Enrique Manera Valdés. Todos ellos, además, amigos y nacidos en Cuba, como el general.

⁴⁷ RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *España en el Rif, 1923*. Edición facsímil de Vicente Moga Romero, Melilla, 1994, pág. 102.

⁴⁸ ALBI DE LA CUESTA, Julio: *op. cit.* pág. 153

Pronto llamará a su lado, como segundo jefe de la comandancia, al general Felipe Navarro Ceballos-Escalera, que sirvió con él como jefe de la fuerza de Caballería en Larache. La confianza que ha puesto Berenguer en él queda pronto demostrada en el informe que le remite, dando cuenta del mal estado de organización, pertrechos y hombres en que se encuentra la Comandancia General de Ceuta y solicitando o el envío de tropas peninsulares o la formación de más tabores de regulares. A pesar de alabar la sinceridad de su informe, Berenguer le negará los refuerzos peninsulares, alegando el mal efecto que causaría en la opinión pública y el daño que eso podría hacer al gobierno.

Berenguer, al tener experiencia en el ministerio de la Guerra, actúa a menudo como filtro de la aplastante sinceridad de Silvestre en sus comunicaciones. El informe, para el alto comisario tan pesimista, es matizado y suavizado cuando lo reenvía al ministerio, restándole importancia a la situación que pinta Silvestre y alegando que el general acaba de llegar y que solo es una primera impresión.

Otro motivo por el que Silvestre deseaba volver a Marruecos era que, por fin, el Ejército español pasaba a la ofensiva contra las fuerzas del Raisuni, dispuesto a terminar de una vez con su rebeldía. La operación en marcha que prepara Berenguer es la toma del Fondaq, importante nudo de comunicaciones que podría aislar a las harkas enemigas después del duro revés sufrido en Cudia Rauda. El plan implicaba la convergencia sobre este punto de varias columnas, con lo cual, la operación debe ser preparada junto con los comandantes generales de Ceuta y Larache.

La planificación es delicada, debido a que Berenguer muestra un exceso de optimismo, considerando factible el éxito de la operación con los medios con los que se cuenta. Silvestre y Barreda, comandante general de Larache, no lo ven tan claro, a causa de dos factores que suponen fundamentales: la aviación y el transporte para las tropas en un terreno tan difícil. Así mismo, la correlación de fuerzas que se presenta en la acción, poco menos del doble de efectivos de los que se le suponen al enemigo, tampoco acaba de decidirlos por el plan sin antes recibir refuerzos, algo que solicita Silvestre.

La discusión se prolonga durante horas, ya que, a pesar de que ambos comandantes coinciden con el alto comisario en que no se puede demorar la acción y hay que actuar cuanto antes, no acaban de ver clara su capacidad para operar con las fuerzas de que disponen. Ante la opción que plantea Berenguer de comunicar al gobierno que la operación no puede ser llevada a cabo, se acuerda adaptarse a los medios disponibles y operar con máxima cautela, dilatando el esfuerzo en el tiempo.

Finalmente, la toma del Fondaq de Ain Yadida se culmina con éxito tras diez días de duros combates. La celebración de esta reunión y su

duración, cercana a las 7 horas, se enmarca fácilmente en lo que podría considerarse habitual en los Estados Mayores de cara a la planificación de las operaciones. El propio Berenguer redactará una memoria, con una transcripción de lo que se dijo en ella, para remitírsela al ministerio. Eso no ha evitado que algunos autores, citando además las memorias de Dámaso Berenguer, presenten esta reunión y los temas en ella tratados como pruebas de la difícil relación que mantiene Silvestre con su superior, asociando esto, incluso, a la falta de autoridad real que tenía el alto comisario sobre sus comandantes generales. Así tenemos que Albi de la Cuesta da una versión muy diferente de esta reunión de Estado Mayor, presentándola como un problema de liderazgo y despojándola de su sentido último de discusión para la consecución de la misión encomendada⁴⁹.

Aunque la prensa elogia en sus titulares la actuación general de las tropas españolas y de los jefes de cada columna, hay quien ve un exceso de protagonismo del general Silvestre en las crónicas. Quizá quien mejor expresa lo contraproducente de esta popularidad sea el propio Berenguer, en una carta que le dirige al enterarse de que se ha abierto una iniciativa popular para encargar un cuadro que represente a Silvestre victorioso en el Fondaq, algo que considera a todas luces inapropiado, y en la cual exhorta a Silvestre «[...] espero de ti que evites por todos los medios la realización de esta iniciativa, que lo mismo puede haber partido de los que sienten por ti una justa admiración como de los elementos que no pierden ocasión de armar cizaña y crear situaciones difíciles, entre los que por mutua y arraigada estima y por deber hacia los prestigios de la corporación a que pertenecemos estamos obligados a evitar toda ocasión que pueda estimular piques y recelos⁵⁰». El hecho de que Berenguer, en el informe enviado a la Junta de Clasificación de Generales y redactado por el coronel Gómez Jordana, destacase la actuación de Silvestre en las operaciones de la toma del Fondaq y que este hubiese llevado el esfuerzo principal tanto en la planificación como en la ejecución nos da una buena idea de que la carta de Berenguer no esconde reproche alguno, sino que trata sinceramente de advertir a su amigo de las consecuencias negativas de la situación.

Finalizadas las operaciones que llevan a la unificación de las comandancias de Larache y Ceuta, el alto comisario Dámaso Berenguer inicia la nueva fase de su ambicioso plan para pacificar el Protectorado y que requiere un mayor esfuerzo en la zona de la Comandancia General de Melilla, cuyo mando acaba de quedar vacante al ascender el general Aizpuru. Berenguer

⁴⁹ ALBI DE LA CUESTA, Julio: *op. cit.* pp.153, 154.

⁵⁰ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.*, pág. 263.

sabe que, para que la campaña salga adelante en un teatro de operaciones tan distinto al occidental, necesita un comandante general con amplia experiencia en Marruecos, que cuente con iniciativa suficiente para asumir todas las responsabilidades de la comandancia y que, además, tenga afinidad para trabajar con él, con lo cual, no duda en proponer a Manuel Fernández Silvestre para el cargo, algo que, no olvidemos, ya estaba previsto que ocurriese cuando salió del Cuarto Militar del rey.

Como bien señala Caballero Echevarría, la implicación de Berenguer en la designación de Silvestre, quien llega a viajar a Madrid para gestionarla al ver las reticencias del ministro, desmonta uno de los tópicos más extendidos sobre este momento de la vida de Silvestre, el que insiste en que su nombramiento fue impuesto por Alfonso XIII, el cual, a su vez, tenía sus propios planes de conquista de Alhucemas⁵¹.

La iniciativa de Silvestre y su capacidad para operar con independencia, tan denostadas por algunos, eran las características de mando que buscaba Berenguer, que necesitaba además un subordinado disciplinado y que compartiese su visión de cómo desarrollar las operaciones que diesen por finalizada la pacificación. Que su apuesta fuese su comandante general de Ceuta, con el que había trabajado en ocho exitosas operaciones, vuelve a confirmar la poca consistencia de las hipótesis sobre una relación problemática entre ambos compañeros de academia y, aún menos, de la propuesta de que Berenguer buscaba quitarse de encima a Silvestre mandándolo lejos y a un frente que consideraba secundario al no estar él al mando⁵².

Manuel Fernández Silvestre es designado para el que será su último destino el 30 de enero de 1920. Al poco de llegar a Melilla mantiene una reunión con Berenguer en la que este le da las directrices a seguir en el plan de llegar hasta Alhucemas en varias fases, que comprenden el involucramiento de la cabila de Beni Said y el Monte Mauro para, finalmente, tomar Alhucemas y desde ahí converger sobre la cabila de Beni Urriagel, mientras Berenguer hace lo mismo desde Xauen, una vez derrotado el Raisuni. El objetivo más inmediato es la toma de Tafersit y Berenguer deja una amplia libertad de acción a Silvestre, tan solo le indica que ponga «sus sobresalientes cualidades de hábil político y experto general para elegir los procedimientos en detalle que ha de seguir para lograr esa aspiración en la forma más rápida e incruenta»⁵³.

Una vez dadas las instrucciones en la reunión del 5 de marzo, el comandante general de Melilla comienza los preparativos, familiarizándose con el territorio a su cargo y acelerando la instrucción de los reclutas, una

⁵¹ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 333.

⁵² ALBI DE LA CUESTA, Julio: *op. cit.* pág. 155.

⁵³ SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *op. cit.*, Tomo III, pág. 358.

de sus grandes preocupaciones desde siempre. La confianza plena de Berenguer en el modo de proceder de Silvestre y la excelente forma de trabajar juntos queda patente en cómo se plantea toda la operación de Tafersit. La rápida marcha iniciada el 7 de mayo culmina el 15 de ese mes con la ocupación de Dar Drius, que se establecerá como base de operaciones para la acción definitiva. Esta, según el plan que presenta Silvestre, se basa en la velocidad, movimientos de distracción y toma de posiciones tácticas, sin la total ocupación del territorio, por medio de tres columnas. Tal como defiende Caballero Echevarría, el plan de Silvestre denota la gran pericia táctica del general, donde se hace uso del conocimiento de la situación y se plantea la operación con precaución y seguridad para todos los elementos implicados, los cuales, a su vez, actúan perfectamente coordinados⁵⁴. Así mismo, y a medida que evoluciona el avance, Silvestre hace unas cuantas modificaciones al plan inicial, que son informadas y aprobadas por el alto comisario, en una buena prueba de que Silvestre operaba con cierta autonomía, pero siempre consciente de que estaba subordinado a Berenguer. La planificación meticulosa, con un uso idóneo de los medios de que se dispone, que presenta el comandante general de Melilla demuestra, además, el excelente uso que Manuel Fernández Silvestre sabe hacer de su Estado Mayor, al cual le saca el máximo partido, por mucho que se quiera presentar una imagen de desdén hacia el mismo, que se demuestra que no es acorde con la realidad, a pesar de los testimonios de algunos de sus miembros.

La acción de Silvestre sobre Tafersit, culminada el siete de agosto con la consiguiente explotación del éxito hasta la llegada de las lluvias de otoño, causa la habitual impresión en los rifeños de las cabilas cercanas por su audacia y demostración de fuerza, los cuales comienzan a mostrar sumisión a las fuerzas españolas. Además, el factor suerte está de parte del comandante general de Melilla, ya que las esperadas lluvias no acaban de llegar, con lo cual, solicita autorización para emprender la segunda fase del plan de operaciones, continuar el avance, para así envolver la cabila de Beni Said. Aunque se preveía que el plan de Berenguer iba a llevar entre dos o tres años, la rapidez con la que actúa Silvestre, en una acertada combinación de acción política y militar, hace que el gobierno y el alto comisario aprueben seguir con las operaciones.

Silvestre vuelve a poner en práctica su doctrina de «mostrar la fuerza para evitar su empleo» con sorprendente éxito, ya que las operaciones iniciadas el 5 de diciembre culminan sin apenas combates el día 10, en el que la belicosa cabila de Beni Said promete sumisión. A partir de ahí, será cuestión

⁵⁴ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 343.

de días izar la enseña nacional en el Monte Mauro y conseguir, también, la sumisión de los Beni Ulixek.

Como bien señala Caballero Echevarría, el éxito de estas operaciones se encuentra en la perfecta comunidad de doctrina consensuada por Berenguer y Silvestre, donde se desarrolla la llamada «columna Berenguer» y su uso en número habitual de tres, para aumentar el frente del despliegue y la velocidad de progresión, consiguiendo así crear la sensación de ser la fuerza imparable que tanto impresiona a los rifeños. La aplicación de los conceptos doctrinales del alto comisario encuentra en el general Silvestre su máximo valedor, vistos los excelentes resultados que consigue.

Es precisamente en la doctrina que prepara Berenguer donde se hace hincapié en una herramienta fundamental para las operaciones: el Estado Mayor. El alto comisario cifra en tres los principios básicos sobre los que debe pivotar cualquier operación: la preparación, la masa y el impulso. Mientras que el tercero es competencia de los jefes y oficiales, la preparación y la organización corresponden al Estado Mayor. Una preparación, por otra parte, que Berenguer exige meticulosa al límite, para que todo quede previsto y bien calculado.

Silvestre y su Estado Mayor

Como se ha dicho, el general Silvestre tiene en su Estado Mayor una total confianza, tanto en la toma de decisiones como para el desarrollo de las operaciones. Ya desde sus tiempos en Larache acostumbra a rodearse de oficiales de alta competencia que realizan un trabajo de planificación exhaustivo, que muchas veces es usado directamente por Silvestre en sus comunicaciones al gobierno.

Dejando aparte el hecho de que calificarlo a veces de «estorbo mayor» no deja de ser una broma entre gente de confianza, el general Silvestre cuenta con un equipo que sabe que le va a dotar de los medios tácticos necesarios para cumplir la misión encomendada y del que sabe, además, sacar lo mejor en cada momento. Hasta tal punto aprovecha las diversas cualidades de sus integrantes que no rechaza las voces discrepantes dentro del mismo, como haría alguien llevado por su ambición personal y su ego desmedido, que no se detiene ante nada.

Pero esta inquebrantable adhesión que siente el general por su Estado Mayor no encuentra reflejo en el mismo, ya que, precisamente, la visión más negativa que tenemos de las competencias profesionales de Manuel Fernández Silvestre proviene de dos miembros de su equipo: Dávila y Tamarit. El

hecho de que ambos fuesen testigos de los acontecimientos que llevaron al derrumbe de la Comandancia General de Melilla hace que sus testimonios sean considerados fuentes de gran fiabilidad para demostrar la responsabilidad del general en lo sucedido.

Las declaraciones que Fidel Dávila Arredondo realiza ante la Comisión de Responsabilidades del Congreso no dejan de causar sorpresa, debido a la inquina que muestra ante su antiguo superior, por mucho que la intente disfrazar, proclamando al inicio de su testimonio el gran respeto humano que le tenía. De ellas se desprende que el entonces teniente coronel no solo mantenía fuertes discrepancias y roces con Silvestre en la forma de operar, sino también con el coronel Morales y varios jefes de compañía, a los que llega a desautorizar de manera desabrida ante cualquier opinión contraria a la suya⁵⁵.

Un análisis desapasionado y contextualizado del testimonio de Dávila nos permite ver, más allá de las críticas y juicios de valor que vierte sobre Silvestre, que este no solo confiaba plenamente en su Estado Mayor, sino que hacía un uso eficaz del mismo, escuchando y respetando las diversas opiniones, incluso las contrarias a la línea a seguir, para así poder tomar la mejor decisión posible. La cual, no olvidemos, corresponde exclusivamente al comandante en jefe, una vez recabada toda la información, como vemos que ocurre durante la toma de Tafersit⁵⁶.

Solo así se explica que, a pesar de sus continuas quejas alegando que lo que se estaba haciendo era imposible de realizar, cosa que el tiempo demostraba que sí era posible, Silvestre no lo relevase, sino que, encima, recabase siempre su opinión y que, incluso, llegara a pedirle que no se marchara cuando Dávila solicitó hacerlo, según las propias palabras de este.

Es, por tanto, necesario categorizar este testimonio como una fuente de contraste más que de otra cosa, teniendo en cuenta que está excesivamente lastrada por, como decimos, la evidente falta de simpatía que muestra hacia su general. Pero nunca como una fuente directa y fiable para conocer quién era Manuel Fernández Silvestre ni sus cualidades para el mando. A nadie se le escapa que, en la tan citada primera ocasión en que ambos se encuentran, el que reconviene y desautoriza a un inferior es el propio Dávila, preguntándole desabridamente a un capitán por su tiempo de servicio en África, para ningunearlo simplemente porque ha expresado una opinión opuesta a la que él acaba de dar. La actitud de Silvestre en este episodio tampoco es de despreocupación e ignorancia, sino de puesta a prueba de

⁵⁵ Citado en SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.*, pág. 303.

⁵⁶ *Ibidem*, pág. 304.

las capacidades y la forma de operar de las personas con las que tendrá que llevar a cabo la misión encomendada.

El análisis de la vida y éxitos de Manuel Fernández Silvestre hasta el momento nos hace difícil creer que sea tan irreflexivo como nos lo presenta Dávila, proponiendo ir a una posición solo porque es «hermosa». En el contexto de esta visita que está realizando Silvestre para reconocer el terreno, no es desventurado afirmar que su actitud busca más testar el carácter y la forma de actuar de sus subordinados que expresar realmente sus intenciones.

En cualquier caso, lo que queda claro es que la actitud de Dávila en su declaración incumple un principio básico de cualquier Estado Mayor: todo se puede discutir y mostrar la oposición, pero, una vez tomada la decisión, se apoya esta sin fisuras. Algo que, visto el testimonio, demuestra una absoluta deslealtad hacia su jefe, al menos, después del derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla.

No deja de resultar curioso, con respecto a este tema, que alguien de la personalidad con la que nos lo describen sus críticos no se librase pronto de una voz tan molesta y contraria a sus deseos como la de Dávila, cosa que nunca hizo, o la ridiculizase y menospreciase a cada ocasión, algo que en ningún momento denuncia Dávila, todo lo contrario.

La comunión de doctrina de dos generales

El año 1920 termina constatando un nuevo éxito en la hoja de servicios de Manuel Fernández Silvestre, ya que en tan solo siete meses consigue lo que todas las previsiones marcaban para al menos dos años. Evidentemente, la prensa se vuelca con el comandante general de Melilla por conseguir semejantes resultados nada más llegar, lo que refuerza su aura mítica. Por supuesto, el general es ajeno a esto, sabedor de que es mérito de un trabajo en equipo, pero esto no impide que se despierten algunos recelos y susceptibilidades en su superior y amigo.

A pesar de la velocidad que ha imprimido a su acción, Silvestre muestra gran cautela al operar, dando siempre cumplida información de todos sus movimientos a Berenguer y esperando que este le dé el visto bueno, tal como estipula la doctrina redactada por el alto comisario y que confirma Dávila en su declaración. Esta cautela le lleva, incluso, a reportar algún reproche por parte de Berenguer, que tiene que recordarle en qué situaciones tiene libertad de acción y, también, que ha sido designado para el puesto por su iniciativa. Talmente parece que Silvestre, acostumbrado a saltarse a veces los procedimientos, no quiere repetir con su amigo situaciones ya vividas en

otros destinos, demostrando así que en ningún momento se plantea actuar a espaldas de él.

Es posible que el empeño en fomentar la presunta rivalidad entre Silvestre y Berenguer nazca de lo antagónico de las personalidades de ambos. Dámaso Berenguer, con una hoja de servicios que nada tenía que envidiar a la de Silvestre, era tomado por una persona reflexiva, meticulosa y, por tanto, en exceso prudente y, al igual que Silvestre, tenía un profundo conocimiento del terreno y de la idiosincrasia del rifeño. Cualidades, sin duda, que le permitieron desarrollar una carrera política al tiempo que la militar, gracias también a sus buenas relaciones con el gobierno, y en la que llega a ser ministro de la Guerra en 1918. No sería aventurado decir que esta cercanía al gobierno y su situación frente a la opinión pública era uno de los principales motivos del alto comisario en su reticencia al uso de tropas de reemplazo y a la ampliación de efectivos de estas, abogando siempre por la creación de tropas indígenas y profesionales.

Quizá esa ambición profesional, probada más allá de la milicia, sea su principal diferencia con Silvestre, a pesar del empeño mostrado por los detractores de este en achacársela y sin que hubiese quedado demostrada a causa de los acontecimientos.

Lejos de ser un problema, esta diferencia de carácter profesional entre los dos no impide la consecución de buenos resultados, al complementarse ambos perfectamente en el trabajo en equipo y haciendo, precisamente, de las debilidades de cada uno virtudes en lo común. No debemos olvidar que la personalidad de Silvestre era perfecta dentro de lo que buscaba Berenguer que debía ser el responsable de la Comandancia General de Melilla, con iniciativa suficiente para poder resolver los problemas tácticos que competían bajo su mando.

Un somero y objetivo análisis de las comunicaciones entre Silvestre y Berenguer no arroja causa alguna para asumir una relación tirante entre ellos. Los posibles roces y tonos duros con los que a veces nos encontramos son perfectamente achacables a una comunicación, no olvidemos, a distancia y en la que son fáciles los malentendidos, como en el asunto de la reunión de Silvestre con los franceses en enero de 1921, en el que se pierde la carta en la que le solicita permiso para dicha reunión. Aunque no hay quien deja de juzgar las resoluciones a estas polémicas como miedos y pasos atrás por parte del que pide las disculpas, todas ellas se solventan rápida y satisfactoriamente, como corresponde a dos personas que se tienen y muestran gran confianza.

Los datos con los que se cuenta, y obviando conjeturas inútiles, dan a entender que no dejan de ser simples situaciones producto de una relación profesional propia de compañeros que se respetan y compenetran y que no

llegan más allá del momento en que suceden. Algo también avalado por el hecho de que las disconformidades de proceder que puedan tener ambos generales quedan siempre relegadas al plano privado, no mostrándose jamás en público. Algo, de nuevo, habitual en los Estados Mayores donde todo se discute hasta que se toma una decisión.

Qué duda cabe de que era inevitable que se produjesen ciertos roces a medida que pasaba el tiempo y la popularidad de Silvestre aumentaba, con el consabido malestar de algunos, de lo cual no tenía por qué ser ajeno Berenguer. Por encima, Silvestre no hacía mucho por atemperar este malestar, a tenor de la sorna con la que contesta a su superior en el ya mencionado asunto del cuadro de homenaje.

La posición de Annual

El año 1921 comienza con Silvestre llegando a Annual el 15 de enero, donde pretende establecer una base logística que permita dotar de suministros a las tropas en la siguiente fase de la campaña, de mayor complejidad por la difícil orografía a la que se iban a enfrentar y la dureza de la cabila de Beni Urriagel.

Tanto Silvestre como Berenguer saben que la Comandancia General de Melilla ha llegado, con esta posición y la de Sidi Dris en la costa, al límite de elasticidad de sus fuerzas, con lo cual, se impone la prudencia y el refuerzo de la línea antes de planificar nuevas operaciones. El general Silvestre piensa que, en caso de necesitar seguir adelante, puede aún jugar con esa elasticidad, sustrayendo fuerzas de retaguardia y trasladándolas al frente para constituir las columnas móviles, en una clara aplicación de las lecciones aprendidas por las tropas de Lyautey en la zona francesa del Protectorado.

Es bien conocido, al narrarlo él mismo en la Comisión de Responsabilidades, la firme oposición a estos movimientos del teniente coronel Dávila, lo que le vale un nuevo enfrentamiento con Silvestre. Aunque la declaración de Dávila busca poner de relieve que Silvestre hizo caso omiso de sus advertencias con consecuencias fatales, lo cierto es que se refuerza la ruta entre Sidi Dris y Annual con nuevas posiciones y Silvestre empieza a solicitar créditos para poder afrontar la construcción de carreteras que permitan la total comunicación entre el frente y Melilla, algo fundamental para aplicar la doctrina de combate ideada por Berenguer de avance de la Infantería cubierta por fuego artillero. Así mismo, Silvestre sabe que estas obras darán trabajo a los rifeños de las cabilas sometidas, algo que no solo les tendrá ocupados, sino que, además, mitigará la pobreza y la hambruna que asolan la zona.

Cabe destacar, llegados a este punto, que, en su función de comandante general de Melilla, Manuel Fernández Silvestre no abandona en ningún momento las responsabilidades civiles del cargo, atendiendo tanto las necesidades de la población indígena, asoladas por las consecuencias de las malas cosechas de 1919 y para la que construye refugios y reparte comida, como las de la ciudad de Melilla, donde debía estar al frente de la Junta de Arbitrios, autentico órgano de gobierno al carecer esta de ayuntamiento y en la cual acomete diversas obras públicas de saneamiento e infraestructuras. Una situación, por cierto, que carecía de sentido práctico y que provocaba que tuviese que delegar la dirección de la misma en su segundo jefe, el general Navarro, alejando a este de la campaña militar en curso y provocando que, cuando es reclamado en Annual antes de la retirada, se haga cargo de unas tropas y una situación que desconoce por completo. El hecho de que Navarro no tuviese papel alguno en el desarrollo de la campaña no deja de ser visto por algunos autores como Albi de la Cuesta como una prueba más del individualismo de Silvestre, algo totalmente injusto, ya que no se podía dejar desatendidas las necesidades de Melilla y el comandante general no podía centrarse en ellas, por lo que debe delegar la mayor parte en su segundo al mando.

De nuevo, encontramos en los actos de Silvestre el modo de rebatir las acusaciones que le dedicaron sus detractores, que no dudan, en el caso de Ruiz Albéniz, en presentarlo como alguien que desprecia a los rifeños y que considera que solo deben ser tratados a golpes⁵⁷. Como bien señala Canteras Zubieta, Silvestre advierte, en una sentida carta a Berenguer, que es inhumano dejar morir de hambre a la población civil y que socorrerla es, precisamente, la principal labor de la presencia española en el Protectorado. Algo que al alto comisario no parece afectar tanto, ya que llega a proponerle que aproveche esta hambruna para progresar en el avance⁵⁸.

A pesar de los esfuerzos de Berenguer por solicitar más hombres y dinero al gobierno, este no se acaba de decidir por las concesiones, sobre todo, en el plano económico, donde la aprobación dependía del Congreso, algo que desespera a Silvestre, que ve que, por encima, pierde soldados veteranos al decidirse que se licencien los de tercer año. Todo ello contribuye a que la situación vaya enquistándose en la inacción, algo que sabe en su experiencia que es fatídico de cara a la mentalidad del rifeño, que lo considera un signo de debilidad, y, efectivamente, llegan informes de que Abdelkrim está formando una importante harka.

⁵⁷ RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *op. cit.* pág. 205.

⁵⁸ CANTERAS ZUBIETA, Lucas: «Manuel Fernández Silvestre: gestación y rehabilitación de un general» en *Revista de Historia Militar*, nº 119, 2016, pág. 114.

Si en algo coinciden todos los tópicos sobre la actuación de Manuel Fernández Silvestre en los últimos meses de su vida es en presentar su impaciencia por seguir operando como un producto de su ambición por ser el primero en llegar a Alhucemas, en una suerte de competición con su compañero Dámaso Berenguer y espoleado por la injerencia de Alfonso XIII en las operaciones, lo que le lleva a continuar el avance sin permiso del alto comisario. Algo que, como hemos ido viendo, es totalmente ajeno a la realidad, ya que el propio Berenguer le pregunta en enero si ve factible avanzar hacia Alhucemas con sus medios y cómo planificaría la acción. Incluso, miembros del Estado Mayor de Berenguer, como Gómez Jordana, dan por hecho que serán las fuerzas de Silvestre las que tomen Alhucemas. Como ya se ha dicho y demuestra el análisis de las comunicaciones entre ambos generales que han afrontado autores como Caballero y Fontenla, el objetivo último de ambas comandancias no era la bahía de Alhucemas, sino el territorio de los Beni Urriagel, sobre el que iban a converger Berenguer desde Xauen y Silvestre desde Alhucemas.

Silvestre ve que el factor tiempo juega en su contra, al no permitirle la explotación del éxito de lo hasta ahora conseguido, erosionando dos factores fundamentales del Arte de la Guerra: la libertad de acción y la capacidad de ejecución. A medida que pierde la seguridad de la retaguardia al no poder ejercer la acción política, las fuerzas a su mando van perdiendo la moral y, también, a sus elementos más veteranos como los artilleros, disminuyendo así cada vez más la correlación de fuerzas con el enemigo. El avance del año le presenta, además, el final del ramadán, que volverá a poner operativas a las cabilas y que, a pesar de que las previsiones son buenas, la cosecha del año no mantendrá lo suficientemente ocupados a los rifeños, ni tampoco contará con la habitual migración a Argel para participar en la temporada de cosecha. A todo ello se le suma la inminencia del período de lluvias, que volverá a paralizar las operaciones. Por tanto, finalmente, decide solicitar permiso a Berenguer para tomar posiciones cruzando el río Amekran que le permitan defender en profundidad Annual y así poder, además, consolidar el futuro avance sobre Alhucemas por medio de tres ejes de progresión en los que los flancos se encuentran en Sidi Dris y Tizzi Assa.

Abarrán e Igueriben

Los informes de la Policía Indígena sobre el sometimiento de las cabilas de Tensaman preocupan a Silvestre, que no acaba de ver clara la situación y quiere operar con prudencia, sabiendo que a partir de ahora la dureza de los combates será muy diferente, debido a la belicosidad de las cabilas

que los esperan al otro lado del río y que, a pesar de los informes, no parecen estar totalmente a favor de España. Por encima, el alto comisario muestra un exceso de optimismo ante la situación en sus comunicaciones con el ministro de la Guerra e, incluso, en diversas declaraciones en prensa, donde anuncia el inminente avance sobre Alhucemas. Algo que, como señala Caballero, pondrá en alerta a Abdelkrim y provocará adhesiones en masa a su harka, que está instruyéndose al estilo europeo⁵⁹.

Silvestre se ve forzado a tomar la iniciativa y ocupar las posiciones de Abarrán e Igueriben, para evitar que la primera caiga en manos de los rifeños y para cubrir la ruta entre Izzumar y Annual con la segunda. Así, el 1 de junio da orden al comandante Villar de la Policía Indígena de que establezca una posición en el monte Abarrán con 300 hombres y una harka amiga, incluyendo una batería de artillería. A pocas horas de quedar consolidada la posición, se demostrará que los informes de inteligencia con los que está operando Silvestre están equivocados, ya que un ataque de 3.000 rifeños, el doble de lo que recogían los informes de la Policía Indígena, la destruirá por completo y dejará los cañones en manos del enemigo.

La situación comienza a desmoronarse y Silvestre trata de que las cabilas rifeñas no se pasen al bando de Abdelkrim, con exhibiciones de fuerza como la toma de Talilit dos días después y con declaraciones a sus jefes en las que menosprecia las posibilidades de victoria de la harka enemiga en un enfrentamiento contra los españoles. Lo que algunos estudiosos como Serrano Vélez ven como una actitud imprudente y temeraria de un Silvestre que está perdiendo la perspectiva del problema es más un intento de consolidar la adhesión de los rifeños que, no olvidemos, respetan el valor y desprecian las expresiones de debilidad, algo que Silvestre no puede de manera alguna proyectar hacia ellos.

Lo cierto es que la pérdida de Abarrán es un duro golpe para nuestro protagonista, ya que no es solo su primera derrota, sino que, encima, ha supuesto que las piezas de artillería hayan caído en manos del enemigo, algo nunca ocurrido hasta el momento en Marruecos y que dota de importantes medios a los rifeños. Por el contrario, Berenguer le quita importancia y lo considera tan solo un revés, rechazando sus peticiones de refuerzos y el permiso para poder entablar acciones ofensivas que le permitan reconducir la situación. El alto comisario está enfrascado en esos momentos en dar el golpe definitivo al Raisuni en su teatro de operaciones y prefiere frenar el movimiento de Silvestre antes que verse obligado a distraer fuerzas para mandarlas a la zona de Melilla. Aun así, le permite iniciar la acción de

⁵⁹ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 364.

Igueriben, por cuanto supone reforzar la defensa de Annual, a pesar de que Silvestre se plantea abandonarla, al no verla adecuada para una buena defensa.

De nuevo tenemos en Caballero Echevarría una buena apreciación de las causas de lo que está por venir y que se fraguan aquí, ya que considera que en la reunión mantenida entre Berenguer y Silvestre el día 5 de junio, el alto comisario junto con el gobierno dejan al comandante general de Melilla sin libertad de acción ni capacidad de ejecución, obligándolo a quedar a la espera y cediendo la iniciativa al enemigo. Con esto, tal como defiende este autor, la responsabilidad de los sucesos que desembocarán en el derrumbamiento de la Comandancia General recae sobre los escalones superiores, mientras Silvestre tenía a su cargo los elementos tácticos y operacionales⁶⁰.

La toma de Igueriben se lleva a cabo bajo la dirección del general Navarro, que ha sido llamado desde Melilla por Silvestre. Esta era una posición bastante complicada, por la dificultad de la aguada y el continuo hostigamiento por parte de los rifeños desde la Loma de los Árboles, que dominaba Igueriben y Annual y que Silvestre debe renunciar a tomar debido a las instrucciones de Berenguer, que no le permite operar a vanguardia de las posiciones ya establecidas. Un error trascendental del alto comisario por la importancia que supone controlar la loma para asegurar la defensa y que fue motivado por su confusión al interpretar la cartografía de la zona, como reconocería tiempo después, aunque sin desaprovechar la oportunidad para culpar a Silvestre por no haber sido más específico⁶¹.

Esta confusión de Berenguer, que le llevará en un principio a declarar que nunca autorizó a Silvestre a operar después del revés de Abarrán, será la base de muchos autores para considerar probado que Silvestre actuó por su cuenta. No será hasta el consejo de guerra donde, finalmente, Dámaso Berenguer reconocerá, a instancias del fiscal, que interpretó mal las peticiones de Silvestre, pensando que este pedía permiso solo para reforzar la defensa.

Los rifeños no desaprovechan esta oportunidad y el 7 de julio, un mes después de establecer la posición de Igueriben, toman la Loma de los Árboles y comienzan un duro hostigamiento que causa una sangría tanto en los hombres como en la moral de las tropas en Annual, que asisten impotentes a la caída de la posición de Igueriben el día 21.

⁶⁰ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 384.

⁶¹ *Ibidem*, pág. 383.

La retirada de Annual y el final de Silvestre

La sorpresa es ya total entre las filas españolas, que se encuentran frente a una harka que ya no combate como un enemigo irregular e inconstante, sino como una fuerza cohesionada y de manera claramente europea y que, además, pasa a tomar la iniciativa y cruza el Amekran el día 22 para atacar Annual y cortar las comunicaciones con Sidi Dris.

El general Silvestre, consciente de que la posición de Annual no reúne condiciones para una defensa ante un enemigo de la envergadura del que se aproxima y ante la falta de municiones, toma la dura decisión de ordenar el repliegue de la fuerza, unos 5.000 hombres, a la posición de Ben Tieb. Esta decisión no se toma de manera improvisada y con un Silvestre hundido ante la derrota, otro de los tópicos siempre esgrimidos, sino que, como demuestra Caballero, ya está tomada un día antes, cuando este llega desde Melilla para ponerse al frente de las tropas⁶².

El planeamiento de esta retirada demuestra que Manuel Fernández Silvestre no está, en modo alguno, sobrepasado por la situación. Ante la promesa por parte de Berenguer, ahora sí, de enviarle refuerzos, el general toma la decisión de rectificar la línea del frente, replegándose a Ben Tieb, desde donde podrá resistir a la espera de esos refuerzos. Para poder establecer la resistencia en Ben Tieb, ha dejado los pertrechos y la munición que traía consigo en Dar Drius, lo que demuestra claramente que su intención era replegarse.

Para cubrir esta maniobra, una de las más delicadas, ya que envientona al enemigo, se establecen dos dispositivos, con los regulares, por un lado, cubriendo las alturas y con la Policía Indígena protegiendo tanto la ruta de salida como la parte del campamento enfrentada al enemigo. A esto se le añaden las órdenes dadas al regimiento de Caballería Alcántara, para que proteja la retirada desde Izumar, mientras que el cañonero Laya hará lo mismo con la posición de Sidi Dris y las intermedias que hacia allí se replieguen. Por descontado, se establece también el orden que seguirá la columna de evacuación y se ordena abandonar el material menos sensible, para entretener a los rifeños con el pillaje.

No parece, por tanto, que Silvestre perdiese los nervios y fuese incapaz de controlar la situación, cuando en poco más de 24 horas ha organizado un repliegue de más de 6.000 hombres en diferentes posiciones, como bien defiende Caballero Echevarría⁶³. En contraste, el análisis de Fontenla Ballesta aporta también importantes datos, como el hecho de que, a pesar

⁶² *Ibidem*, pág. 389.

⁶³ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 392.

de estar ejerciendo el mando, Silvestre comete varios errores en la planificación, producto de la improvisación, entre los cuales destaca no establecer ninguna cadena jerárquica para la conducción de la columna, que, además, no cuenta con los habituales escalones de vanguardia, grueso y retaguardia, limitándose a indicar el turno en que saldrá cada unidad del campamento. Así mismo, Fontenla no es partidario de la hipótesis de Caballero de establecer una posición defensiva en Ben Tieb, ya que Silvestre ordena que la artillería, los ingenieros y los intendentes se replieguen hasta Melilla⁶⁴.

Cuatro de los supervivientes de la oficialidad, reunidos en la Junta de Jefes de Cuerpo la noche antes a la evacuación del campamento, los comandantes Alzugaray y Écija y los capitanes Sabaté y Valverde, corroboran en su declaración al general Picasso que el comandante general, después de dejar constancia de que asumía la responsabilidad de la situación y de las decisiones que había que tomar, recaba la opinión de los allí presentes, siguiendo la costumbre de consultar con su Estado Mayor. Una vez leído el informe de víveres y municiones, se opta por la retirada, al ser imposible mantener más de un combate con lo que allí se cuenta.

Sin embargo, la controversia llega con el testimonio que aportan sobre la mañana de la retirada, al que se suma el teniente coronel Pérez Ortiz, donde ya se nos presenta a un Silvestre que pierde los papeles y cambia de planes continuamente. Unos testimonios, por otra parte, confusos y parciales, que van desde calificar de actitud arrogante el que Silvestre asuma la responsabilidad, como hace Pérez Ortiz, hasta declarar todos que Silvestre recibe una llamada telefónica del alto comisario poco antes de iniciarse la retirada, algo que no solo niega Berenguer que, sino que, además, era imposible que sucediese al no contarse con tendido telefónico entre Annual y Melilla⁶⁵.

Se desconoce por qué el general Silvestre decide ser el último en abandonar la posición junto con los miembros de su Estado Mayor, ya que su deber como jefe de la fuerza era ponerse al frente de la columna para dirigir el repliegue. Podríamos aventurar que, al ver cómo las unidades de Policía Indígena abandonan sus puestos y no cumplen la orden de proteger la retaguardia del dispositivo, surge su espíritu de jinete de Caballería y cumple con la máxima del *Manual del jinete en el combate*:

«Cuando en una batalla se presenta el enemigo con enorme superioridad numérica o, por cualquier circunstancia, se precipita la marcha del combate y hay un solo momento propicio para la retirada, los escuadrones disponibles avanzan denodadamente y, formando varias líneas, comienzan una serie de

⁶⁴ FONTENLA BALLESTA, Salvador: *op. cit.* pp. 324, 325.

⁶⁵ SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pp. 425-430.

impetuosas y sucesivas cargas, que no permiten al enemigo otra cosa que una defensa efímera, sin pensar que a espaldas de aquellos héroes se reorganizan y salvan miles de hombres, al amparo del valor de unos cuantos de sus hermanos de armas ¿qué mayor orgullo para ti que ser uno de esos héroes?

En cuanto a lo que en dichos casos debas hacer; se expresa en pocas palabras: sabes que el arma en que prestas tu servicio tiene por lema vencer o morir, y con ello sabes ya bastante para cumplir tu deber haciéndote digno hijo de la madre que te dio el ser y de tu otra madre, la Patria»⁶⁶.

En ningún caso, resulta creíble la, por casi todos asumida, versión de un Manuel Fernández Silvestre enajenado ante el caos reinante y a punto de suicidarse. Una visión excesivamente romantizada y moralista que representa el coste de la ambición y la rápida caída cuando todo se desmorona.

Se debe destacar lo que apunta Caballero Echevarría sobre el hecho de que, de todos los testimonios de los que dispone el general Picasso en su informe, dé por válido, precisamente, el que habla de un Silvestre enloquecido. Testimonio de escasa credibilidad por venir de uno de los oficiales de la Policía Indígena a los que Silvestre espeta por su cobardía al abandonar sus puestos⁶⁷.

También Pando Despierto defiende el suicidio como la opción más verosímil de la muerte de Silvestre, aunque esta la sustenta tanto en un testimonio realizado 35 años después como en dar por hecho que el general tuvo un derrumbamiento nervioso que lo lleva a la desesperación por su prestigio perdido en pocas horas. No será a los únicos a los que este autor presente quitándose la vida ante la derrota, ya que los ayudantes de Silvestre también encontrarán presuntamente ese final, poniendo en práctica una concepción del honor, un tanto decimonónica, que no cuadra con un cuerpo de oficiales formados en un ejército que ya ha conocido antes la derrota y que está bien entrado el siglo XX, por mucho que se insista en esta hipótesis. Que la derrota de Annual supusiese un baldón y un descrédito a sus carreras no es motivo para el abandono generalizado de sus tropas, lo que acrecentaría aún más el fracaso al dejarlas sin liderazgo.

No se pone en duda, por descontado, que se dieron varios casos de suicidio, ya que están bien documentados, pero estos responden más bien a otros motivos, como la desesperación ante lo que se está viviendo o como último recurso para evitar las atrocidades que les esperaban al caer prisioneros de un enemigo completamente fuera de sí y sin respeto nada.

⁶⁶ ALTOLAGUIRRE GARRIDO, Fernando: *Manual del jinete en combate*, Imprenta de la Revista Científico-Militar, Barcelona, 1909, pp. 81-82.

⁶⁷ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 393.

En el caso de Silvestre que apunta Pando Despierto, se sustenta en el testimonio del cabo Las Heras, recogido en una carta a Joaquín López Ferrer que se conserva en el legajo dedicado a Manuel Fernández Silvestre del Archivo General Militar. Al ser aportado este testimonio en 1956 y ante la imposibilidad de poderlo contrastar con el otro testigo, el teniente Arias Paz, del que no consta que hubiese hecho declaración alguna, no se debería tomar como algo categórico, no solo por lo extraño del mismo, sino, también, por no haber sido aportado antes en la investigación correspondiente⁶⁸.

Curiosamente, solo la obra realizada por el Servicio Histórico Militar sustenta su versión del final del general Silvestre en el telegrama que el jefe de Estado Mayor de Melilla, el coronel Gerardo Sánchez Monge, envía a Berenguer, informando de que el propio hijo de Silvestre le ha notificado del suicidio de su padre, aunque este, posteriormente, se retractaría de esas palabras⁶⁹.

Evidentemente, contrastando unos estudios con otros, encontramos discrepancias que permiten, si no aclarar lo sucedido, al menos, poner en tela de juicio lo que se ha estado asumiendo en una especie de tradición. Es el caso de Caballero, que aporta los testimonios de los hombres más cercanos a Silvestre y aprovecha así para cuestionar la versión que Picasso dará por buena, en un necesario ejercicio de deconstrucción de la infinidad de testimonios que el expediente aporta.

Estos testimonios proceden tanto de sus ordenanzas como del jefe de la escolta del general y muestran a este junto con los coroneles Morales y Manella, saliendo los últimos de Annual y actuando de protección de retaguardia de la columna.

Probablemente, Silvestre sería de los primeros en caer en los estrechos barrancos por los que discurría la pista, ya que estos testigos lo pierden de vista rápidamente⁷⁰.

El desorden y el pánico se apoderan de la columna cuando deserta parte de los elementos encargados de cubrirla y aumenta la presión de los riñones, que están posicionados en una línea de tiro paralela al camino, desde la que causan fácilmente numerosas bajas.

Aun así, el dispositivo ideado por Silvestre llega hasta Dar Drius, destino final del repliegue planeado, con un 30% de bajas, menos de las que estimaba el comandante general, que asumía que perdería la mitad de su fuerza. Finalmente, y dado que, a partir de Dar Drius, la retirada ya era

⁶⁸ PANDO DESPIERTO, Juan: *op. cit.* pp. 170, 171.

⁶⁹ SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *op. cit.*, Tomo III, pág. 437.

⁷⁰ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 395.

responsabilidad de otros, quedaron sobre el camino 1.248 hombres, incluido Manuel Fernández Silvestre⁷¹.

Epílogo

El epílogo a la historia de Manuel Fernández Silvestre lleva escribiéndose cien años. Imposibles de parar, los mitos y conjeturas aumentan exponencialmente al encontrar siempre elementos sobre los que sustentarse. La magnitud de lo acontecido y el impacto que supuso en la sociedad española promovieron una búsqueda rápida de responsabilidades en la que el candidato perfecto fue el desaparecido Manuel Fernández Silvestre.

Pronto, la misma prensa que lo había elogiado durante toda su carrera comenzaría a trazar el retrato de un Silvestre temerario e imprudente, que se adentra en territorio hostil sin tomar precaución alguna. Periódicos como *El Imparcial* o *El Heraldo de Madrid* lo critican sin piedad, al tiempo que alaban su heroísmo como si esa fuese su única virtud como militar. Incluso uno de sus más fervientes admiradores como era *La Correspondencia de España* publica, a los pocos días del desastre, la opinión demoledora del jefe del Estado Mayor del Ejército, Valeriano Weyler, en la que el antiguo superior de Silvestre despacha a este calificándolo de irreflexivo y de pocas cualidades más allá del valor⁷². No tardaría tampoco la prensa, sobre todo, la republicana, en empezar a apuntar a la responsabilidad de Alfonso XIII.

Quizá el retrato más grueso en sus apreciaciones y plagado de inexactitudes no carentes de inquina es el que presenta el prestigioso periodista Víctor Ruiz Albéniz, conocido por su apodo Tebib Arrumi. Como ya se ha apuntado, es una fuente, la de los textos de Ruiz Albéniz, que se ha usado a menudo de manera muy arbitraria y pocas veces teniendo en cuenta los aspectos de la amistad que unía al periodista con Dámaso Berenguer y que tanto *Ecce Homo. Responsabilidad en Marruecos* como *La actuación de España en Marruecos* coinciden en el tiempo con las Comisiones de Responsabilidades y el inicio del consejo de guerra que encausará a Berenguer, Navarro y Silvestre. Ruiz Albéniz nos presenta a un Manuel Fernández Silvestre que desprecia y maltrata a los rifeños y es arrogante al saberse protegido por el rey. Este autor es uno de los que más insiste en la difícil relación entre Silvestre y Berenguer, achacando siempre al primero, por supuesto, una actitud rebelde y poco dispuesta a cumplir las órdenes de quien, por lo visto, no consideraba su superior, incluso

⁷¹ *Ibidem*, pp. 396, 397.

⁷² SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pág. 458.

a costa de la salud y mejora de las condiciones de vida de la tropa. Algo que, según Albéniz, nada importaba a Silvestre.

La implicación del monarca en las decisiones de Manuel Fernández Silvestre, que solo parte de conjeturas, es otro de los mitos y cábalas que siempre encuentran elementos sobre los que sustentarse y donde la explicación más sencilla es desechada en favor de otras que alimentan la imaginación. Es lo que ocurre en el caso de la actuación del ayudante de Silvestre, el comandante Tulio López Ruiz, enviado por el general a Melilla antes de la retirada para que recogiera sus papeles y objetos personales. Una acción que autores como Pando no dejan de ver como una destrucción de pruebas incriminatorias de la implicación de Alfonso XIII en el desastre. El hecho de que López Ruiz descerrajase el escritorio del secretario de Silvestre sirve a este mismo autor para reforzar tal hipótesis, no considerando creíbles las explicaciones que da el comandante de que lo hizo para recoger papeles privados que podrían ocasionar un disgusto a la familia del comandante Hernández. Algo que, por otra parte, ha sido siempre un pacto común entre compañeros de armas en el caso de que uno caiga⁷³.

No ayudará tampoco la reunión que celebrará, pocos días después, Alfonso XIII con López Ruiz y el hijo de Silvestre, que, de ser un simple informe de primera mano sobre los últimos momentos de alguien a quien el monarca apreciaba, pasará a ser una prueba más del posible encubrimiento de la participación del rey en tan funesta aventura. Pronto se crearán rumores de maletas desaparecidas, telegramas de apoyo y correspondencia comprometida, que nunca ha sido vista, así como las páginas del expediente Picasso supuestamente arrancadas y que apuntaban directamente a Alfonso XIII como instigador de la imprudencia de Manuel Fernández Silvestre.

El 18 de abril de 1922, nueve meses después del derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla, el general Juan Picasso González registra el final de su investigación sobre las consecuencias del mismo. El expediente, que se conoce popularmente por su nombre, consta de 2.433 folios y recopila, solo en referencia a Annual, los testimonios de 79 testigos, de los cuales 53 son oficiales; 22, suboficiales y soldados; y 4, civiles⁷⁴. El terremoto político que provoca este informe, en el que se desvelan las deficiencias y los problemas que llevaron a tan trágicas consecuencias, y las comisiones de responsabilidades de los años 1922 y 23 ya perfilan un relato en el que la principal causa del desastre descansa en el mando, que actúa con una temeridad fuera de lo común ante una escasez de medios humanos

⁷³ PANDO DESPIERTO, Juan: *op. cit.* pág. 183.

⁷⁴ *Ibidem*, pág. 265.

y materiales y que da muestras de sobrada incompetencia en los principios invariables y más básicos de la táctica militar.

Un expediente, como ya se ha dicho, que está formado a partir de los testimonios de los supervivientes, muchos de los cuales también tienen su parte de responsabilidad, bien reflejada en el expediente sobre todo en los momentos menos honrosos de la retirada, y que podrían haber visto una salida en cargar las tintas sobre el general en jefe, planteando, así, como inevitable todo lo sucedido.

Una actitud de la que tampoco escapa el Alto Comisario, como bien refleja en la acusatoria pregunta que plantea en sus memorias «¿Se combatió en Annual?»⁷⁵ y en la que trata también de desviar la atención hacia la supuesta actitud independiente de Silvestre y su difícil personalidad. No en vano estas memorias, que incluyen su diario de operaciones, fueron publicadas en 1923 en plena segunda Comisión de Responsabilidades y poco antes de iniciarse el juicio militar que lo encausaría junto con Navarro y Silvestre, tal como señala Caballero Echevarría⁷⁶. De poco le serviría ya que, aunque al final solo fue separado del servicio, quedaría patente en el mismo varias contradicciones en sus declaraciones anteriores y evidencias de su responsabilidad sobre la pérdida total del territorio de la Comandancia General de Melilla. En cambio, Silvestre solo sería acusado por el fiscal del abandono de la posición de Annual⁷⁷.

Conclusiones

Como se ha podido ir viendo a lo largo de este trabajo, la habitual idea que se tiene sobre quién era Manuel Fernández Silvestre se cimenta en una serie de infundios e interpretaciones sesgadas que se han ido perpetuando y repitiendo a lo largo de un siglo.

Esto ha provocado que los intentos por desentrañar lo que realmente sucedió en el Protectorado español en Marruecos en el verano de 1921 se hayan visto a menudo lastrados por la idea preconcebida de la máxima responsabilidad de una única figura, convertida en víctima propiciatoria a base de retratos de trazo grueso que no dejaban duda alguna del peso de la prueba de su culpabilidad. A pesar de que muchos de ellos manifestaban un total y absoluto desconocimiento de la idiosincrasia militar, con lo que eso conlleva de falta de capacidad a la hora de interpretar correctamente los hechos.

⁷⁵ *Ibidem*, pág. 171.

⁷⁶ CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *op. cit.* pág. 340.

⁷⁷ *Ibidem*, pág. 408.

Los estudios más recientes, muchos de ellos mencionados a lo largo de este trabajo, ya hacen un intento por exonerar al general Silvestre, ponderando su responsabilidad, que nadie duda de que la tenía, en su justa medida. Podemos encontrar, incluso, trabajos como el de Canteras Zubieta, que directamente llama a reivindicar su carrera. Aun así, algunos de ellos no consiguen evitar la repetición de elementos contradictorios y contruidos a base de mitos y testimonios prejuiciosos, con lo que estos se perpetúan en el tiempo a la vez que provocan incongruencias entre datos y hechos, al usarse de fuente trabajos anteriores. Bien es cierto que esos autores centran la línea de investigación en los sucesos que llevaron al derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla, en los cuales, Silvestre es un actor más, por lo que no consideran necesario ahondar más en su figura de lo estrictamente necesario para contextualizarlo. Pero, precisamente, puede ser que ahí radique la dificultad para llegar a una conclusión satisfactoria sobre lo ocurrido, ya que no tienen en cuenta la biografía del personaje. Llama, por tanto, la atención la cantidad de investigaciones que analizan pormenorizadamente hasta el último detalle de las acciones armadas, pero que despejan de un plumazo la figura de Silvestre, echando mano de los tópicos más manidos.

La profusa literatura que ha generado en estos cien años el llamado Desastre de Annual, otro punto que hay que revisar, hace que sea una tarea ingente desentrañar todos los aspectos que han llevado a formarse una idea equívoca sobre Manuel Fernández Silvestre. Pero, con los ya vistos, podría afirmarse que es una de las figuras de la historia del Ejército español más interesantes del primer tercio del siglo XX.

Un militar de valor sobradamente probado y formado en las concepciones tácticas del siglo XIX, que supo adaptarse a las doctrinas modernas del nuevo siglo, demostrando así una alta capacidad intelectual para moverse en nuevos escenarios de combate. Una adaptación que lo lleva a un uso ejemplar de herramientas y conceptos tales como la propaganda, la aproximación indirecta o los recursos tácticos del Estado Mayor, donde destaca su eficiente forma de planificar las operaciones, caracterizándose estas por su sencillez y flexibilidad en situaciones complejas y dependientes de decisiones rápidas.

Así mismo, gozaba de unas sobresalientes cualidades de mando, potenciadas por un carácter entusiasta que hacía que se ganase tanto a sus subordinados como a sus compañeros, entre los que se encontraba Dámaso Berenguer, y que alcanzase un gran ascendente entre sus tropas, a las que cuidaba, y entre sus enemigos, a los que respetaba.

Quizá el elemento clave que nos permita descubrir al Silvestre militar se encuentre en un detalle que apunta Pando Despierto cuando hacer notar

que el general rara vez iba armado⁷⁸. Algo que, sin duda, no sentía necesitar salvo en raras ocasiones, ya que su arma en el combate era la conducción de tropas, una concepción del mando muy avanzada para su época. Que no dejase a veces de recordar su espíritu de jinete de Caballería, situándose al frente de la columna, algo que sus allegados calificaban de «cadetada», dan una buena muestra de cómo se conjugaban en Manuel Fernández Silvestre tanto el militar arrojado y de acción como el reflexivo y planificador.

Por otra parte, en el aspecto personal, Manuel Fernández Silvestre es descrito como una persona afable, extrovertida y leal, cuyo carácter arrollador hacía difícil que pasase inadvertido. Una descripción, por cierto, en la que hasta coincide con la de alguno de sus enemigos, como si intentase compensar las críticas que arrojará después. No ha faltado quien ha querido presentar las cualidades de Silvestre como defectos, dibujando así un retrato de exagerado carácter romántico y con cierto desdén, que muestra a un alegre guerrero, impulsivo y fanfarrón, que vive para la aventura, representado en los apelativos de «cadete gascón» y «bigote ciranESCO», que le dedica Manuel Aznar y que nos remiten invariablemente a Cyrano de Bergerac⁷⁹. Lejos de ser peyorativa, esta comparativa con el conocido personaje de Edmundo Rostand nos habla de una personalidad franca y valiente que, sin duda, se movía por sus relaciones personales con el espíritu mismo de la Caballería. Las sombras, que sin duda las tendría, podrían estar muy lejos de las presentadas por sus detractores y, en cualquier caso, circunscribirse al ámbito estrictamente privado y no ser determinantes en su actuación profesional.

En definitiva, podría afirmarse, como conclusión a este análisis, que Manuel Fernández Silvestre es una figura mítica de nuestra historia militar en el sentido más elogioso del término, comparable a cualquiera de las otras muchas coetáneas a él en otros países y que han gozado de más aprecio y reconocimiento que nuestro general. Quizá vaya siendo hora de cambiar el tratamiento que se le ha dado hasta el momento y devolverle el honor y la justicia que merece.

⁷⁸ PANDO DESPIERTO, Juan: *op. cit.* pág. 162.

⁷⁹ Citado en SERRANO VÉLEZ, Manuel: *op. cit.* pág. 247.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2014.
- ALTOLAGUIRRE GARRIDO, Fernando: *Manual del jinete en combate*. Imprenta de la Revista Científico-Militar, Barcelona, 1909.
- BERENGUER FUSTE, Dámaso: *Campañas del Rif y Yebala 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones*. Madrid, 1923.
- CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando: *Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): Análisis de factores que confluyen en un desastre militar, "Annual"*. Tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 2013.
- CANTERAS ZUBIETA, Lucas: "Manuel Fernández Silvestre: gestación y rehabilitación de un general", en *Revista de Historia Militar*, nº 119, 2016, pp. 97-131.
- ESCRIBANO BERNAL, Francisco: "El Ejército español en África", en *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 30, 2018, pp. 6-10.
- FONTENLA BALLESTA, Salvador y RODRÍGUEZ PALOMAR, Pablo: *Resumen histórico de la táctica de la infantería: siglos XIX y XX*. Fajardo el Bravo, Murcia, 2007.
- FONTENLA BALLESTA, Salvador: *La guerra de Marruecos 1907-1927. Historia completa de una guerra olvidada*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.
- GUERRERO MARTÍN, Alberto: "Los procedimientos tácticos en las campañas de Marruecos", en *Revista Guerra Colonial* [en línea], 12 de diciembre de 2018. <http://www.guerracolonial.es/medias/files/3.3.-los-procedimientos-tacticos-en-las-campanas-de-marruecos-3.pdf> [Consulta: 5 de junio 2019].
- : "Métodos de contrainsurgencia en el Ejército español durante el siglo XIX", en *Global Strategy* [en línea], 21 de mayo de 2019, <https://global-strategy.org/metodos-de-contrainsurgencia-en-el-ejercito-espanol-durante-el-siglo-xix/> [Consulta: 12 diciembre 2019].
- HERNÁNDEZ HERRERA, Carlos y GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *La acción de España en Marruecos 1492-1927*. Madrid, 1929.
- LÓPEZ RIENDA, Rafael: *Frente al fracaso: Raisuni. De Silvestre a Burguete*. Sociedad General de Librería, Madrid, 1923.
- MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: "Las campañas de Marruecos. La dura vida del soldado español", en *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, pp. 12-15, 2015.

- : *Franco «nació en África»: Los africanistas y las Campañas de Marruecos*. Tecnos Editorial, Madrid, 2019.
- MIGUEL FRANCISCO, Luis: *Morir en África*. Crítica, Barcelona, 2014.
- MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto: “La ofensiva de Fernández Silvestre”, en *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 30, pp. 12-19, 2018.
- PANDO DESPIERTO, Juan: *Historia secreta de Annual*. Temas de Hoy, Madrid, 1999.
- RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *España en el Rif*, 1923. Edición facsímil de Vicente Moga Romero, Melilla, 1994.
- : *Ecce Homo*. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1922.
- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Historia de las Campañas de Marruecos (Tomos I, II y III)*. Madrid, 1951.
- SERRANO VÉLEZ, Manuel: *Silvestre o el sueño de un imperio*. Almuzara, Córdoba, 2018.